



SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

SECUESTRO DE UNA MILLONARIA

KEITH LUGER

Secuestro de una millonaria

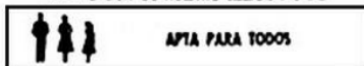
1.ª EDICIÓN

ABRIL-1960



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPÓSITO LEGAL B 1366-1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1960

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1960

N. R. ___/60

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

SECUESTRO
de una
MILLIONARIA

por
KEITH LUGER



CAPÍTULO PRIMERO

La chicharra de la sala de visita se puso a zumbar. Una sombra se proyectó sobre el vidrio esmerilado de la puerta y finalmente, ésta se abrió. No; no era ningún cliente.

El teniente Bill Coleman me echó una mirada mientras cerraba a sus espaldas. Luego hizo un gesto con la mano y, se acercó al sillón de cuero donde se dejó caer.

—Hola, Stewart —dijo.

—Te engañaste de lugar, Bill —repuse—. No tengo ningún caso entre manos.

No hizo ningún comentario. Sacó un cigarrillo del paquete y se puso a fumar.

Me retapé en la silla y entonces sonó el teléfono. Era Mary, un budín rubio que había conocido una semana antes en una reunión existencialista. Estaba empeñada en fugarse conmigo y yo la mantenía a raya diciéndole que ahora estábamos en la época del calor.

—Buenos días, querido —dijo melosamente a través del cable.

—¿Cómo estás, Mary?

—Muy mal. Eres un ingrato. Cuando anoche regresé a la cocina me encontré con que ya te habías marchado por la puerta trasera.

Eso era cierto. Ella había ido a cambiarse y me dejó sentado en el diván del *living*, pero yo tenía mucha hambre y cambié de lugar. Despaché en la cocina medio pollo y un par de latas de cerveza y más tarde llegué a la conclusión de que no se debe hacer el amor con el estómago lleno. Me fui a casa.

—Eres un monstruo —decía sin poner excesivo énfasis en la palabra—. Pero estoy segura de que hoy te desquitarás.

Pensé en el otro medio pollo que había quedado en la nevera.

—Muy bien, nena. Pasaré a buscarte.

—A las siete, Stewart... ¿Lo recordarás?

—Claro que sí.

Me envió por el hilo un beso tan sonoro que me vi obligado a mirar a Bill Coleman, el cual estaba haciendo una mueca. Cuando colgué, él dijo:

—Siempre el mismo.

—Uno debe aprovechar sus oportunidades —repuse, y crucé las manos sobre el pecho y agregué para zaherirlo—: ¿Seguís tan sobrecargados de trabajo en el Departamento?

Se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Nunca falta... A propósito de eso...

—¿Sí?

—Hay un bonito asunto y he pensado que quizá a ti te gustaría meter la nariz.

Me puse en guardia. Lo normal es que la policía invite a un detective privado a que abandone un caso y, si no lo hace por las buenas, ellos tienen medios muy convincentes para impedir la intromisión. Es raro eso de que un teniente se deje caer por el despacho de uno para hablarle de un asunto bonito.

—No me interesa —dije.

—Pensé que te gustaría moverte un poco antes de que empieces a oxidarte.

—Tengo una profesión, teniente, y mis ingresos se basan en los honorarios que percibo de mis clientes. Necesito el dinero para pagar el alquiler de la casa, a la mujer de la limpieza y especialmente para contribuir con mi parte al relleno anual del Departamento del Tesoro.

Hubo una pausa y luego él dijo:

—Es un secuestro.

—Sigue sin interesarme.

—La secuestrada es una millonaria.

Lo miré a la cara y él continuó:

—Nadie sabe nada excepto nosotros. El soplo nos llegó indirectamente.

Me mojé los labios con la lengua.

—¿Quién es, Bill?

—Así no vas a adelantar nada.

—¿Qué quieres, concretamente?

—Un compromiso por tu parte de que no vas a hacer mangas y

capirotes. Sólo te necesito como auxiliar, no para que vayas pegando tiros por ahí, como siempre haces a la primera ocasión.

Sacudí la cabeza.

—Muy bien, teniente.

Me observó un rato dubitativo y adiviné su pensamiento. Se estaba arrepintiendo de haber ido allí, pero eso fue algo fugaz que arrinconó rápidamente en su cerebro.

—Es Lucy Anders.

—¿Petróleos?

—Sí. Su padre era Norman Anders *el Tejano*. Cuando murió hace tres años, se le calculó una fortuna de quinientos millones de dólares.

—¿Sin centavos?

—Eres muy gracioso —hizo otra mueca—. Anders tenía dos hijos, Louis y Lucy. Ambos eran menores de edad en aquel entonces. Norman nombró como tutor justamente a un hermano suyo, Douglas Anders.

El teniente hizo una pausa y dio un suspiro.

—A la chica la secuestraron anoche.

—¿Cómo sabéis que es un secuestro?

—Uno de los tipos habló con Douglas Anders esta mañana. Por teléfono, naturalmente. Sólo le dijo que Lucy estaba en buenas manos y que tuviese cuidado en avisar a la policía, porque entonces la chica no lo contaría. El fulano agregó que establecerían contacto con él. Luego ya no habló más y colgó.

—¿Quién os contó todo eso?

—Douglas Anders cumplió a medias la exigencia de los secuestradores. No nos dijo nada, pero le contó el caso a un amigo íntimo, Bruce Rooney, y Rooney ha sido el que nos ha dado el soplo.

—¿Quién es ese Rooney?

—Un hombre de unos cincuenta años que tiene una fábrica de plásticos. Ya investigamos acerca de él. No hay nada sospechoso. Naturalmente, Anders no sabe que Rooney ha hablado con nosotros.

—¿Se sabe lo que hizo Lucy Anders anoche?

—Salió de su casa a las siete. Conducía un «Chrysler», descapotable, color crema, matrícula de Nueva Jersey,

El coche tampoco ha aparecido.

—¿Adónde iba?

—Había quedado citada con un tal Robert Gifford. Tenían que verse en el Club 21. Pero la muchacha nunca llegó a su destino.

—¿Dónde vive ella?

—En Rhode Island, Avenida Wilson, 18.

—Hay una buena tirada desde allí hasta el Club 21.

—Sí, demasiada.

—¿Qué han averiguado los muchachos?

—Nada por ahora. Hemos enviado unos cuantos para que hagan preguntas que no resulten muy comprometidas. Hemos de evitar por todos los medios que se enteren de que estamos sobre el asunto. También vigilamos la casa de los Anders. Media docena de muchachos están utilizando distintos disfraces. Arreglan cables telefónicos, manejan coches de reparto, etc., ya sabes cómo lo hacemos.

—Y hasta ahora no habéis conseguido nada.

—No; pero sabremos lo que se hable con Anders. A estas horas, uno de los chicos debe haber interferido su teléfono.

Se hizo un gran silencio.

—¿Qué quieres de mí, concretamente, Bill? —pregunté.

—Muy bien. Iré al grano —me apuntó con el dedo índice—. Tú conoces a toda la gentuza de la costa este y hasta eres amigo de alguno de esos peces gordos.

—Sí, los quiero tanto, que cuando tengo una oportunidad los despanzurro sin pestañear.

—No quise decir que estuvieseis a partir un piñón, sino que te relacionas con ellos.

—Sí, Bill, me relaciono con ellos y me soportan, pero es sólo por una razón, porque me temen. Algunos han llegado a pensar que lo mejor era dejarme en paz. Pero he sido yo exclusivamente quien les ha ayudado a decidir esto.

—De acuerdo, Stewart. No he venido a criticar tus métodos, sino a que me eches una mano.

—Venga.

—¿Quién crees que puede ser?

Me quedé pensativo.

—Hace mucho tiempo que no veo a Eddie Copper.

—Fue detenido en Atlanta, hace tres meses.

—Infiernos, ¿cómo no se ha dado a la publicidad?

—Tú sabes que estaba relacionado con los estupefacientes y los del FBI esperan conseguir más cosas si se mantiene el incógnito de Eddie. Después de todo, comunicaron a la Prensa que habían detenido a Noel Logan, que es el verdadero nombre de Eddie. Los gloriosos muchachos saben hacer bien las cosas.

Seguí pensando.

—¿Robert Black?

—No creo que esté para esos trotes. Los de los impuestos le buscaron la vuelta y actualmente, Black debe estar muy preocupado preparando su defensa con los abogados. Fue acusado de defraudar al fisco y apuesto a que se gana un encierro de cinco años.

—¿Edgar Hollister?

—De ése no sabemos nada, aunque ya hemos pedido informes a una veintena de sitios.

Sonreí. Ellos tenían un hermoso Departamento que tendía sus redes por toda la nación y no sabían nada de Edgar Hollister.

Me puse en pie.

—¿Adónde vas? —me preguntó, enderezándose también.

—¿Dónde estarás dentro de una hora?

—En mi despacho.

—Te daré noticias de Hollister...

—Muy bien, pero recuerda...

—Sí, ya lo sé —le interrumpí—. Las armas quietas...

—Hay otra cosa.

—¿Qué es ello?

—Este compromiso nuestro sólo queda entre nosotros. Nadie lo sabe.

—¿Ni siquiera el capitán O'Connor?

—Tú sabes muy bien que O'Connor me haría pedazos si supiese que he venido a solicitar tu ayuda. Y una última advertencia, muchacho. No intentes ponerte en contacto con Anders. Lo echarías a rodar.

—¿Y quién me va a pagar a mí?

—Ya habrá oportunidad para eso... si logramos que la chica vuelva a casa.

—¿De veras crees que va a volver, teniente?

—No lo sé.

Meneé la cabeza mientras abría la puerta.

—¿No leíste las estadísticas, Bill? De cada cinco secuestros, en cuatro de ellos, los secuestradores matan a su víctima antes de pedir el rescate.

Hizo una mueca mientras sacudía la cabeza.

—Eso es lo malo.

Era malo para él, pero para mí significaba que quizá iba a trabajar en aquello, sin ningún beneficio.

Pero yo había aceptado ayudarle, no por el dinero que pudiese sacar, sino porque había visto unas cuantas fotos de Lucy Anders. Ella era la rubia más despampanante de todo el estado de Nueva York y ustedes saben que en Nueva York hay un buen puñado de rubias.

CAPÍTULO II

Las curvas de Gladys se me acercaron. Habían ganado en rotundidad desde la última vez que las vi.

—Demonios, Stewart —exclamó, sonriente—. ¿Dónde te metiste estos últimos meses?

—Estudié un curso de avicultura.

Enarcó las cejas, parpadeante, porque no sabía si yo estaba hablando en serio. Estábamos en el bar Palmeras, un establecimiento de la Calle 14. Gladys era una pelirroja de unos treinta años en el cénit de su hermosura. Se decía que había sido amiga de Campagna, uno de los lugartenientes de Luciano. Gladys había sabido ahorrar durante los buenos tiempos y luego invirtió su dinero en aquel local que por cierto se le daba bien, porque su clientela era selecta, si ustedes descuentan a un servidor.

Gladys se cubría con un vestido de noche sin breteles, como debe ser, y olía como los ángeles. Me invitó a una copa y yo la invité a otra. La orquesta estaba interpretando un bailable lento y eso era lo mejor que me podía suceder, porque pertenezco a la vieja escuela. Nos pusimos a danzar en la pista. Estaba demasiado llena y teníamos que estar muy apretaditos. Eso era también bueno para mí.

Bailamos un rato en silencio. De pronto, ella retiró su cara de la mía y me miró con sus grandes ojos.

—¿Cuándo vas a hacer la pregunta, Stewart?

—¿Debo hacer una pregunta?

—Vamos, Stewart —sonrió—. Nos conocemos hace algún tiempo.

—Muy bien —di un suspiro—. ¿Cuál de los dos es el detective?

—Esperé a que riese y luego se la solté—. Quiero hablar con Hollister.

—¿Para qué? —preguntó ella a su vez, poniéndose seria.

—Le voy a proponer un negocio.

—¿Tú y Edgar metidos en el mismo negocio? Resultaría la mar de gracioso. Dale la primicia a Winchel y es posible que le concedan el Pulitzer.

—En serio, nena.

—Va a ser algo difícil.

—No hay nada difícil para ti, Gladys.

—Hay una que yo diría imposible —dijo sin dejar de mirarme, y poniendo mucha intención en sus palabras.

Me salvó el gong. Los músicos acabaron la pieza y yo cogí a Gladys por un brazo y la llevé a una mesa un poco apartada de la pista. Pedí dos Martini al mozo y mientras esperábamos, encendimos cigarrillos.

—Yo también voy a hablarte en serio, Stewart —declaró—. No he visto a Hollister en las dos últimas semanas. Ni siquiera sé si estará en Nueva York.

—Creo que con cinco minutos tendrás bastante, ¿verdad, Gladys?

Dejó correr unos instantes y luego se levantó y me cogió una mano, que apretó muy fuerte, transmitiéndome una corriente de alto voltaje.

—Enseguida vuelvo.

Mientras duró su ausencia, trajeron los dos Martini. Bebí del mío. Finalmente, Gladys ocupó otra vez la silla.

—Está en la ciudad —dijo.

—¿Dónde?

—En una casa de juego.

—¿Se dedica ahora a eso?

—La casa no es de él, pertenece a un sindicato.

—¿Y qué pinta Edgar allí?

—Es una especie de administrador.

—No puedo creerlo. Hollister no es de esa clase. Siempre presumió de ser un hombre de acción.

—Los hombres cambian... aunque a ti te cueste mucho.

—¿Cuál es la dirección, Gladys?

—No puedes entrar allí.

—Claro que no, nena, no podría entrar si no te tuviese a ti. Entrecerró los ojos.

—Me gustaría saber qué es lo que tienes tú para convencerme tan fácilmente, Stewart.

—Es lo que yo también me pregunto —le sonreí.

—Es cierto que mides casi uno noventa, pero no eres ni siquiera guapo y tu pelo es de estopa, y hasta tus manos son torpes para acariciar... No sabes coger a una dama cuando bailas... la aprietas como si fuese un saco.

—Gracias.

—Pero no te cambiaría por nadie, Stewart Grey... Por nadie...

—Eso es confortador.

Vi cómo su mano se arqueaba sobre la mesa y me recordó la zarpa de una tigresa. Sus dedos y uñas largas se curvaron, pero luego, relajándose otra vez, la mano quedó inmóvil.

—Lincoln Street, 234.

—¿Sí? ¿Y qué debo decir?

—Nada. Yo hablaré por teléfono para arreglarlo.

Nos pusimos en pie y ella se me acercó.

—Supongo que no te volveré a ver hasta que me necesites otra vez.

—Apuesto a que no —dije, palmeándole la mejilla.

Pasé de largo con mi coche por el número 234 de Lincoln Street. La casa no era distinta a las demás que se alzaban en aquella zona. Sólo había una diferencia. La puerta del 234 estaba cerrada. Gladys había sido muy parca en palabras, porque no había dicho de qué forma me las iba a arreglar para entrar en el garito, pero eso no me debía de preocupar, puesto que ella se había hecho cargo de todo.

Por la acera circulaban algunos peatones. De pronto, uno de los que venían se detuvo delante de mí.

—¿Grey? —preguntó.

—Sí.

Era un tipo fornido, de nariz chata.

—Sígame.

Lo seguí. Subimos la escalera del doscientos treinta y cuatro. Una vez arriba, apretó el pulsador, pero no lo hizo de una forma continua, sino espaciada.

La puerta se abrió, pero en el hueco no había nadie.

Pasamos dentro y entonces pude observar al cancerbero.

—¿Quién es, Danny? —preguntó a mi acompañante.

—Un amigo de la prisión.

Eso era una garantía de que yo era una persona honorable, porque el fulano emitió un gruñido de asentimiento.

Danny me hizo una señal con la cabeza y nos metimos en el ascensor. Cuando el artefacto se puso en movimiento, dijo:

—Aquí no se permite ningún escándalo.

—Soy un buen chico, Danny.

—Me dijeron que quiere ver a Edgar.

—Sí.

—Cuando lleguemos al salón vaya a la puerta que hay a la derecha. Yo lo esperaré cerca de la entrada.

—Estupendo, Danny.

—Otra advertencia. Si se empeña en armar jaleo, tendrá que valerse por sus propios medios.

—Muy bien, Danny.

Abandonamos el ascensor. Justamente, enfrente, había otra puerta. El muchacho que no quería meterse en líos, pulsó otro botón y la puerta que teníamos enfrente quedó abierta. Habían tomado muchas precauciones, pero yo ya estaba dentro y eso se lo debía a Gladys.

El local todavía no había empezado a animarse, pero vi una veintena de clientes que tenían prisa por dejarse allí su dinero. Se jugaba al bacarrá, ruleta y también había un par de mesas de dados. Al fondo, había un bar con un mostrador en forma de media luna. Casi todos los taburetes estaban ocupados por mujeres que mostraban mucha piel.

—¿Qué está esperando? —Oí que me decía Danny.

Caminé hacia la puerta que él me había indicado.

No había nadie alrededor, de modo que abrí sin llamar y me colé dentro.

Edgar Hollister había engordado diez kilos desde la última vez que nos vimos. Ahora resultaba demasiado grueso y como sus ojillos seguían siendo pequeños y su hocico saliente, su parecido con un cerdo había aumentado.

Hablaba con un hombre de piel muy oscura cuando yo entré y naturalmente, ése fue el punto final de la entrevista.

Ambos volvieron la cabeza para mirarme y Edgar pareció no dar crédito a lo que veía.

—Sí, soy yo, Edgar... —le dije—. Tu amigo Stewart Grey.

Hizo una mueca como si súbitamente estuviese oliendo a podrido.

Era un despacho estupendo, con todas las comodidades y lujos. No faltaba el bar, y allá, a la derecha, había un diván sobre el que podría haber dormido una *troupe*. Decidí que era un buen sitio para pasar una temporada y lo ocupé con mis cuartos traseros.

Hollister volvió la cabeza al tipo de la piel oscura, mientras me señalaba con el dedo.

—Saquen a esa basura.

El otro empezó a mover la mano por debajo de su chaqueta, pero yo estaba preparado y exhibí rápidamente la «Smith & Wesson», y eso acabó con su movilidad.

Edgar encogió el brazo.

—¿Qué quieres, Stewart? —preguntó con voz cargada de ira.

—Sólo he venido para hablar contigo, y ya sabes lo especial que soy yo para estas cosas. No me gustan los testigos.

Titubeé un instante, pero por último hizo una señal con la mano y el otro sujeto echó a andar hacia la puerta por dónde salió.

Edgar miró la pistola.

—¿Es necesario que tengas eso en la mano?

Volví el arma a la funda. Saqué un cigarrillo y lo encendí. Sólo hablé cuando hube arrojado una bocanada de humo.

—Has prosperado mucho, Edgar.

—Cada uno termina por estar en el sitio que le corresponde —repuso sarcástico.

—Es curioso. Siempre pensé que tu sitio estaba en la silla eléctrica.

Empezó a enrojecer. Hollister nunca ha tenido sentido del humor.

—¿Por qué no abrevias, Stewart? Tengo mucha prisa.

—Cuando me dijeron que eras el administrador de un garito de juego, pensé que te habías retirado de tus antiguos negocios, pero ahora resulta que me equivoqué.

—No te comprendo.

—No soy de la poli, Edgar, y eso quiere decir que lo que hablemos tú y yo, va a quedar entre nosotros.

Se echó atrás en el sillón.

—Ahora no estoy solo, Stewart. Hay mucha gente importante que me respalda.

—Sí, ya sé que todo esto es una parte del Sindicato, pero por ahora me importa un rábano lo relativo a tu garito. Me he referido a tus antiguos negocios, Edgar, ¿no lo recuerdas...? Chantajes, «rackets»... y hasta secuestros.

Edgar se echó a reír mientras sacaba un largo cigarro del bolsillo superior de su chaqueta.

—Aquellos tiempos quedan muy lejos, Stewart.

—Este trabajo sería una buena coartada para ti.

—¿Para qué iba a necesitar una coartada?

—Quizá se te ocurrió dar un golpe a tu manera. Cada uno tiene su especialidad y la tuya no es la de permanecer aquí, administrando una casa de juego.

—Es lo que yo también me dije al principio, pero uno se acostumbra a todo. Y además, es una buena vida. Uno se cansa de ir por ahí, exponiendo la piel —mordisqueó el puro y escupió un trozo de tabaco a la alfombra—. Tú debías tomar mi ejemplo, Stewart, si es que tienes interés en morir en la cama.

—¿Qué pasó con tus muchachos, Edgar?

—No sé a quiénes te refieres.

—Luke, Tommy, Sacco...

—Infiernos... No sé qué se ha hecho de ellos... Eran buenos chicos.

—Sí. Aún recuerdo a Sacco cuando intentó sacarme las tripas con un cuchillo, aunque debo reconocer que quiso hacerlo muy calurosamente... ¿Y Tommy...? Tengo grabada a fuego aquella escena en que, abrazándome con todo afecto, empezó a apretar y apretar para partirme la columna vertebral.

—Qué grandes días aquéllos, ¿eh, Stewart?

—Enormes.

—Si alguna vez te tropiezas con alguno por ahí, dile que venga a verme. Tendré mucho gusto en invitarle a una copa.

Transcurrieron cinco segundos y pregunté:

—¿Cuánto vas a pedir por el rescate?

—¿Rescate? ¿Qué rescate?

—Déjate de pamplinas, Edgar. Lo sé todo.

Soltó una risotada.

—Estás cargado, Stewart. Eso es lo que te pasa. Tenemos un buen servicio de duchas, ¿sabes? Diré a uno de los chicos que te acompañe... Luego te sentirás mejor...

Di una larga chupada al cigarrillo y repuse:

—Se os pagará hasta el último centavo, Edgar. Sólo quiero que no le pongáis la mano encima a la chica...

—Sigo sin saber a qué te refieres.

—Si a ella le pasa algo, te juro que te meto una bala en la barriga.

Se me quedó mirando y sus ojos despedían chispas de furia.

—Óyeme tú, Stewart Grey. No estoy enredado en ningún asunto sucio. Aquí gano lo bastante para mantener el tipo. Tendría que estar loco para meterme en otros corrales. Y, por si te sirve de algo, tampoco consiento que un sabueso como tú venga a mi propio despacho a amenazarme... ¡Lárgate!

Me puse en pie, pero en lugar de irme hacia la puerta, me acerqué a la mesa. Hollister gritó:

—¿Es que no me has oído? ¡Quiero que te marches Stewart!

Soy muy alto y, a pesar de que la mesa era ancha, lo cogí por el cuello de la camisa y lo levanté de un tirón atrayéndolo hacia mí.

—¡Suéltame, maldito seas!

—Atiéndeme antes, cerdo —respiré profundamente—. Mantengo lo que te he dicho antes. Quiero a la chica viva y, si no es así, tú lo vas a pagar.

Oí pasos detrás de mí y empujé a Hollister tirándolo contra la silla.

Me volví muy rápidamente, pero no lo bastante para evitar que un grandullón de mi talla me estrellase el puño en el pómulo. Me hizo el efecto de una coz y me fui dando vueltas hacia el diván. El tipo se vino detrás de mí, pero era demasiado lento y cuando se me echó encima, yo estaba repuesto de la sorpresa y le solté un trallazo al hígado. Fue curioso ver su cara, porque se puso morado, luego rojo, más tarde verde y para ese entonces, le coloqué la zurda entre las dos cejas y el tipo rodó como una pelota por la alfombra.

Hollister resoplaba en el sillón. Di dos pasos hacia él y se me encogió, gritando:

—¡No sé nada...! ¡Te juro que no sé nada!

—Ya te he advertido, Edgar. Lo demás es cuenta tuya.

Di media vuelta y salí del despacho. El tipo de la piel oscura estaba junto a la puerta y al verme compuso una mueca de sorpresa. Le palmeé en el brazo.

—Vaya dentro, hijo. Creo que lo necesitan.

Eché a andar hacia la salida y cuando estaba cerca se me adelantó Danny.

Ganamos la calle sin ninguna dificultad y Danny emitió un suspiro.

—Me la ha hecho pasar buena, Grey.

—No debiste preocuparte por mí.

—Cuando vi entrar en el despacho a Joe pensé que no le dejaría ningún hueso sano.

—Fue Joe quien pasó el mal rato.

—Bueno, amigo. Aquí termina mi trabajo.

Saqué dos billetes de a cinco dólares y se los largué.

—Gracias, señor Grey —dijo guardando el dinero—. Pero haría bien en no volver por esta barriada.

Fui en mi coche hasta un bar y después de saltar a la acera me fui derecho a la cabina telefónica. Después de oír un par de voces, me pusieron con el teniente Coleman.

—¿Sabes algo ya de Hollister? —preguntó.

—Estuve con él, pero no pude sacarle nada.

—¿Crees que tiene algo que ver con el secuestro?

—Es demasiado pronto para saberlo. ¿Qué hay de lo vuestro?

—Piden quinientos mil.

—No se oye.

—Medio millón. Anders ha de tenerlo preparado para mañana. Han pedido billetes de cien, de cincuenta, de cinco y de uno.

—¿Desde dónde llamaron?

—Ahí está lo bueno. El tipo lo hizo desde dos sitios diferentes. Dio la mitad de su mensaje y se largó. Al cabo de veinte minutos soltó el otro trozo. Las dos cabinas corresponden a bares. No pudieron decirnos nada acerca del fulano.

—Chico listo.

Bill soltó un bufido por el hilo y yo pregunté:

—¿Cómo van a recoger el dinero?

—No lo dijeron. Prometieron llamar otra vez.

—Muy bien. ¿Qué hay de ese cerco que habías establecido alrededor de la casa?

—Hasta ahora no dio fruto.

—¿Y del coche de ella?

—Se lo tragó la tierra.

—Es lo que tú dijiste. Un bonito caso.

—Sí, y tú me estás sirviendo de mucho —rezongó.

—Me hablaste de un tal Robert Gifford, que estaba esperando a la chica en el Club 21.

—Es un pintor. Sus padres también son millonarios. Ellos querían que el muchacho siguiese la tradición familiar, al frente de sus muchos negocios, pero Gifford salió artista y se vino a Nueva York, desde Boston. Su padre sabotó su escapada, no enviándole un solo dólar, pero él se las arregla para vivir.

—Sus fuentes de aprovisionamiento deben ser buenas cuando le permiten ir al Club 21 con una mujer como Lucy Anders, que no se contentaría con un refresco de zarzaparrilla... ¿Cuál es la dirección del chico?

—Será fácil que le encuentres en un bar de Greenwich Village, El Alsaciano... Pero ¿por qué vas a perder el tiempo con él? Ya le interrogamos nosotros y le he colocado una sombra.

—Te volveré a llamar —dijo y colgué.

CAPÍTULO III

El Alsaciano era un bar como tantos otros de Greenwich Village. Muy poco local para tanta gente.

Mostré a un mozo un par de billetes de a dólar y le pregunté por Gifford. Me acompañó hasta una mesa donde había muchachos y muchachas y señalóme a Gifford. Era un tipo rubio que debía estar por los veintiuno o veintidós años, de cabello alborotado, ojos verdosos y cara tan blanca como la de una mujer... Era guapo en la verdadera expresión de la palabra. Reía por lo que decía una pelirroja de su edad que contoneaba su busto con un jersey muy ajustado al cuerpo.

Di la vuelta a la mesa y me acerqué a ellos por la espalda.

—Hola, Gifford —saludé.

El muchacho volvió la cabeza y me miró a la cara.

—No le conozco.

—Te traigo un mensaje de Lucy.

En su frente apareció una arruga.

—¿Lucy? —repitió y miró rápidamente a la pelirroja.

Ella también volvió la cara hacia mí, observándome con ojos chispeantes.

Gifford se levantó acariciando la mejilla de la muchacha con el dorso de la mano.

—Ahora vuelvo, Anne.

Nos apartamos hacia una columna, donde él se apoyó mientras encendía un cigarrillo.

—¿Qué mensaje es ése? —preguntó.

—No hay tal mensaje.

Empezó a hacer una mueca.

—Oiga, ¿es una broma?

—Hay cosas con las que no se puede jugar, muchacho. Y ésta es una de ellas.

—Explíqueme eso.

—Tú estabas mal de dinero y se te ocurrió hacer un buen negocio. ¿Qué no iban a pagar los Anders por recobrar a Lucy?

Me interrumpí, porque ya había dicho bastante. Su cara no se había alterado.

—Oiga, míster —declaró—. Vuelva por aquí cuando se le haya pasado la fiebre.

Fue a alejarse, pero se lo impedí atrapándolo fuertemente por la muñeca. Entonces torció la boca y escupió las palabras dándoles un tono sarcástico:

—Quizá le venga bien saber que fui campeón de los *welters* en la Universidad.

—Las cosas se pueden arreglar todavía, Bob. No hace falta que me acompañes. Sólo me tienes que decir dónde está la chica. Yo la devuelvo a casa y nadie sabrá nada.

Me envió un viaje con la zurda, pero yo vi su intención y bajé la mano rápidamente, pegándole con el filo en el brazo.

Se quedó quieto y vi cómo sus dientes rechinaban y sus cejas se movían arriba y abajo y sus ojos se ponían en blanco. Hasta es posible que el cerebro se le volviese al revés.

Le acaricié la nuca afectuosamente.

—Vamos, chico, hagamos las paces.

Tardó todavía unos segundos en reponerse. Nadie se había dado cuenta de la escena. Gifford respiraba entrecortadamente como si acabase de batir el récord de las cien yardas y, finalmente, dijo:

—Váyase, puerco, y déjeme en paz.

Apreté mis dedos sobre su cuello, justamente por debajo de las orejas.

Empezó a hacer una mueca y aflojé.

—¿Me dirás dónde está Lucy?

—¿Probó en su casa?

—Probé.

—Si no está allí, no tengo la menor idea de dónde puede encontrarse.

—¿Adónde ibas cuando salíais juntos?

—Nos reuníamos aquí o en el Club 21.

—¿Algún otro sitio?

—No.

—¿Qué otros tipos salían con ella?

—Sólo conozco al fulano por el que ella estaba chiflada.

—¿Quién es?

—Harry Wells. Tiene un taller de coches deportivos...

—¿Dónde lo puedo ver?

—Calle Sesenta y dos Oeste, 232.

La pelirroja se vino hacia nosotros y yo aflojé un poco la mano con que aprisionaba el cuello de mi víctima.

—Bueno, Bob —murmuré, jovial—. Ya nos veremos otro día.

—Sí —dijo él—, y continuaremos lo que hemos empezado.

Hacía mucha rabia en su voz, pero eso a mí me tenía sin cuidado y haciéndoles un saludo con la mano me alejé.

Fui al establecimiento de Harry Wells. Como era de suponer, ya estaba cerrado, pero un poco más arriba encontré un bar y pensé que allí podrían dar información. Pasé dentro y pedí un *whisky*.

El mozo estaba secando vasos cuando dije:

—Vine a hablar con Harry Wells, pero hice tarde... Ya sabe, el de los coches *sport*.

Me escrutó la cara.

—Le habría dado lo mismo venir esta mañana.

—¿Sí?

—Hoy no abrió.

—¿Sabe por qué?

—No me lo dijo nadie.

—¿No tiene empleados Harry?

—Sí, dos mecánicos. Pero se ve que él ya los avisó porque tampoco vinieron.

Sacudí la cabeza.

—Es una lástima. Quería proporcionarle un buen negocio. Se habría ganado un puñado de dólares —di un suspiro—. En fin, tendré que buscarme a otro.

—¿Por qué no va a su apartamento?

—Iría, si supiese dónde está.

Titubeó unos instantes sin dejar de observarme y por último dijo:

—Creo que tengo anotada su dirección en el calendario.

Caminó hacia el almanaque que había en la pared, en el que se reflejaba una bañista que era una maravilla. Luego volvió hacia mí.

—Calle Setenta, número 102, apartamento C.

Dejó un dólar sobre el mostrador y salió de allí.

El edificio donde se ubicaba el apartamento de Harry Wells ofrecía un brillante aspecto. Su construcción no databa de más de cinco años.

El encargado estaba hablando con una dama y aproveché mi ventaja para ir rápidamente al ascensor. Apreté el botón y bajé en la segunda planta, donde justamente se encontraba el apartamento C. Pulsé otro timbre y oí un carillón.

Se abrió la puerta y apareció una rubia, pero ésta no era Lucy Anders, aunque también tenía lo suyo. Se cubría con un vestido negro de escote en uve.

—¿A quién busca? —preguntó.

—Al inquilino.

—Me temo que no podrá recibirle.

—Todavía no le dije quién soy.

—Eso no va a cambiar las cosas.

—Cuando se me contraría, me enfado mucho, monada. ¿Quieres dejarme el paso libre?

Lo que hizo fue ocupar todo el hueco.

Me acerqué a ella, la cogí por la cintura y la trasladé de sitio hacia dentro. Era una pluma y se quedó asombrada de que yo pudiese poseer tanta fuerza.

Me soltó un bofetón en la cara para demostrarme que no me tenía miedo. Era una chiquilla con mucho nervio.

Le di las espaldas y me introduje en el *living*, el cual vi desierto.

La rubia vino por detrás y anduvo hacia el teléfono que había sobre una mesa, mientras decía:

—Creo que esto le va a gustar mucho a la policía.

En eso se abrió una puerta y apareció un hombre embutido en un batín. Era un tipo alto, aunque no tanto como yo. Su rostro era bello, pero varonil, el cabello rizado, muy negro, los ojos azules. Podía haber servido de modelo a «Supermán».

—¿Qué pasa, Winnie? —inquirió con voz de barítono.

La rubia había descolgado ya el teléfono y se disponía a marcar.

—Este hombre —dijo—. Ha entrado aquí atropellándome.

Me acaricié la mejilla mientras decía:

—Sólo hubo uno entre los dos que pegó, y ése no fui yo.

El buen mozo me miró con curiosidad.

—¿Quién es usted?

—Stewart Grey.

—No me dice nada su nombre.

—Detective privado.

—Oh.

Winnie marcó un número, y luego otro.

—Deja ese teléfono quieto —dijo el guapo.

Winnie lo miró sorprendentemente y él exclamó irritado:

—¿Es que no me has oído? ¡Deja eso!

—Lo siento, Harry —dijo Winnie, con voz temblorosa—. Creí que te hacía un favor.

Harry Wells metió las manos en los bolsillos del batín y se vino hacia mí pisando muy firme.

—¿De qué se trata, Grey?

—De Lucy Anders.

—Vaya, ¿ha vuelto a hacer alguna de las suyas...? Si es así, le puedo dar mi palabra de que no salgo con ella desde hace quince días.

—¿Qué es lo que ha hecho otras veces, Wells?

—¿No lo sabe? —rió—. Lucy es muy divertida, cuando quiere. Hace cosa de un mes, yendo yo con ella, metió su coche en una relojería... No quiso que su tutor se enterase y a mí me costó la broma doscientos dólares... Prometí guardarme de ella.

—¿Desde cuándo la conoce, Wells?

—Muy poco tiempo. Creo que hará unos tres meses. Fuimos presentados en una fiesta —sonrió—. Bueno, ¿me dice de una vez qué es lo que pasa?

—¿Cuándo la vio por última vez?

Empezó a entrecerrar los ojos.

—Oiga, no me irá a decir que está... muerta.

—¿Quién lo dice?

—Bueno, usted dice que es un detective privado y está haciendo unas preguntas muy raras.

—Contésteme, Wells, ¿cuándo la vio por última vez?

—No me gusta su tono.

—Cuando trabajo en un asunto, me dejo la miel en casa.

—¿Sabe una cosa? No le voy a contestar a ninguna otra

pregunta y usted va a salir de aquí por su propio pie o lo tiraré por la puerta como un desperdicio.

—Serénese, Wells. Estoy haciendo un trabajo y no crea, que a mí me agrada.

—¡Fuera!

Aqué! era mi día. Todos querían alejarme de su lado como si yo tuviese la peste. Primero había sido Edgar Hollister, el pandillero que ahora administraba un garito, luego Robert Gifford, el millonario metido a pintor y ahora le llegaba el turno a Harry Wells, el buen mozo que tenía un negocio de coches deportivos.

—Contésteme a un par de preguntas y me iré, Wells —insistí, conciliador.

—No voy a contestarle a nada.

Se vino hacia mí y fue a ponerme la mano encima. Le aparté el brazo y retrocedió echándose a reír.

—Quiere pelea, ¿eh, amigo? —dijo.

—Eso lo va a decidir usted, Wells.

En eso intervino la rubia.

—Ten cuidado, Harry. Es muy fuerte.

Harry le respondió sin apartar los ojos de mi cara.

—Esos tipos me vienen a la medida, nena.

Apretó los puños y se abalanzó sobre mi disparándome la derecha.

Salté a un lado y le solté un izquierdazo en el hígado.

Se dobló de una extraña forma, desorbitando los ojos, y ése fue un buen momento para pegarle con el dorso de la diestra en la cara y repetir el golpe en el viaje de regreso.

Abrió la boca tragando aire y vi cómo en su frente se formaban pequeñas gotas de sudor. Cuando yo me fuese, tendría que tomar otra ducha.

La rubia Winnie nos miraba alternativamente reflejando un gran asombro. Quizá había esperado un poco más de su ídolo.

Señalé con el dedo a Wells.

—No me haga enfadar más, Harry.

Me contestó con un hilillo de voz, como si le llegase de los talones:

—Fue anteayer... Ella vino aquí...

—¿Fueron a algún sitio?

—No; se quedó aquí, conmigo. Cenamos con lo que tenía en la nevera.

—¿De qué hablaron?

—Nada de importancia. De ella y de mí... Bueno, se refirió a hacer un viaje a Miami... Me pidió que fuese con ella.

—¿Para cuándo era ese viaje?

—Dentro de unos quince días. Yo le dije que no estaba muy bien de fondos y que tendría que quedarme aquí hasta mediados del verano... Me dijo que me adelantaría el dinero y que ya se lo pagaría cuando pudiese.

—¿Quiere decir que está arruinado y vive en un apartamento tan lujoso?

—Gané media docena de premios el año pasado compitiendo en carreras de tercera categoría... Al final de temporada me rompí una pierna y los médicos me aconsejaron que estuviese quieto este año... Me tengo que defender como puedo hasta la próxima temporada en que empiece a correr de nuevo.

—¿No ha vuelto a saber nada de ella, Harry?

—No.

—¿Ninguna llamada telefónica?

—Ninguna.

Sacudí la cabeza.

—Está bien, Wells. Ya me voy.

Caminé hacia la puerta y de pronto él me llamó.

—Espere, Grey. Todavía no me ha dicho lo que pasa.

—No le interesa a usted saberlo, Harry. Hay cosas que es preferible ignorar.

Salí del apartamento y poco después me sentaba ante el volante de mi coche. Mientras fumaba un cigarrillo me dije que aquél era un condenado asunto.

Fui directo a mi oficina y marqué el número de la policía y pedí hablar con el teniente Coleman. Me dijeron que no estaba y hube de colgar.

Entré en el antiguo ropero donde tengo instalado el refrigerador y me puse a comer un bocadillo acompañándolo con unos tragos de cerveza.

Tenía la boca llena cuando oí que la puerta del despacho se abría. Salí con las manos ocupadas. En la derecha tenía una botella

de cerveza y en la otra la mitad del bocadillo.

Quedé inmóvil observando a mis dos visitantes. Ellos también tenían las manos ocupadas, aunque una sólo por cabeza. La pistola del más alto era una «Luger», y la del segundo una «Banker's».

Luger dijo:

—Mira quién tenemos ahí. Es nuestro chico.

Levanté la botella de cerveza.

—¿Quieren un trago, muchachos?

Banker's negó con la cabeza.

—No bebemos en acto de servicio.

Caminé hacia ellos sonriendo, como si realmente fuesen amigos, aunque no me habían visto en su vida ni yo a ellos tampoco.

Sabía que estaba sentenciado y que un segundo podía ser decisivo para mí.

Arrojé la botella contra Banker's y salté en el aire propinando un patadón en el hígado de Luger.

Cuando choqué contra el suelo no se había producido ningún disparo. Luger se estaba arrugando, cogiéndose el estómago, y ya había dejado caer la pistola. Ésta quedó muy cerca de mí y alargué la mano para atraparla.

De repente algo percutió contra mi cráneo. El mundo estalló ante mis ojos. Vi caer por el espacio millares de trozos incandescentes. Y luego se hizo una noche eterna, fría, envuelta en un ominoso silencio.

CAPÍTULO IV

Abrí los ojos y vi sobre mí una bonita cara enmarcada por una cabellera rubia.

Era Winnie, la chica que había conocido en el apartamento de Harry Wells. Entreabrió los rojos labios y me sonrió.

—Hola —dijo.

Yo estaba tendido en el suelo y ella arrodillada. Observé el techo. Sí, seguía siendo mi oficina.

—¿Se fueron ya? —pregunté.

—Acabo de llegar y usted estaba solo... ¿Con cuántos peleó a la vez?

—Sólo fueron dos —dije, y traté de incorporarme.

Sentí un terrible dolor. Luger y Banker's habían hecho un trabajo a conciencia. Me habían golpeado hasta hartarse.

—¿Quiere ser buena, Winnie?

Hizo un mohín enternecedor.

—Claro que sí, Stewart.

—Abra aquella puerta de la derecha. Es un cuarto de baño. Humedezca una toalla en el grifo y tráigala aquí.

Dejó su bolso sobre la mesa e hizo lo que le pedía. Me ayudó a incorporarme un poco y pasó la toalla mojada por mi cara hinchada. Sus manos eran maravillosas. Acariciaban. Me limpió la sangre que había manado por mi nariz y la que había corrido por la herida que Banker's me había hecho cuando me soltó el culatazo que me envió a la región de los sueños.

—Muy bien, samaritana —dije cuando ella hubo terminado—. Vamos arriba.

Me costó mucho trabajo porque sentía alfilerazos en los riñones. Ella me pasó un brazo por la cintura y yo le pasé el mío por los hombros. De esa forma quedamos muy juntos. Sentía la suave tibieza que emanaba de su piel.

Eché a andar y por último me dejé caer en el sillón de cuero. No le había dicho nada a ella y perdió el equilibrio cayendo sobre mis rodillas. Deseé que se quedase allí, pero era demasiado pronto, teniendo en cuenta el poco tiempo que nos conocíamos. Se levantó estirándose la falda.

Saqué el paquete de cigarrillos y la invité a fumar. Cuando hubimos encendido pregunté:

—¿Qué quiere, Winnie?

—Vine a decirle que Harry le mintió.

—¿Sí? ¿En qué me mintió?

—Vio a Lucy Anders ayer por la tarde.

—¿Dónde?

—Ella fue a su apartamento.

—¿Cómo lo sabe, Winnie?

—Yo llegué allí cuando estaban juntos. Harry me había citado para las seis y llegué con unos cinco minutos de retraso.

—¿Le abrió él?

—No. Entré sin llamar. Lucy y Harry sostenían un altercado. Me quedé en el vestíbulo para escucharles. Sé que está mal, pero creo que cualquier otra persona habría hecho lo mismo en mi lugar.

—¿Por qué discutían?

—Lucy le decía a Harry que aquélla era la última vez que iba allí. Harry le dijo que se tranquilizase y que podían volver a comenzar. Lucy se rió de eso y Harry le dijo entonces que se sentase o le rompería la cara.

—¿Le rompería la cara? ¿Lo dijo así?

—Sí. Es la forma de hablar de Harry. Pero Lucy rió más y, entonces, Harry se lanzó sobre ella. Pensé que debía evitar que él le pegase y entré en el *living*. Eso acabó la pelea. Pero a Harry le puso muy furioso mi presencia. Lucy cogió inmediatamente su bolso y se dirigió hacia la puerta. Harry le ordenó que se detuviese, pero ella no le hizo ningún caso y salió.

—¿Qué más?

—Harry descargó su mal humor conmigo. Yo le recordé que habíamos quedado citados a esa hora y le dije que no era cuenta mía si había citado también a Lucy Anders. Pasaron unos quince minutos y luego Harry me dijo que estaba demasiado nervioso para ir a cualquier parte conmigo. Se disculpó pidiéndome que

demorásemos nuestro encuentro hasta hoy. Salimos juntos a la calle. Él se metió en su «Jaguar» y ni siquiera me llevó a casa. Eso fue todo.

—¿No dijo adónde iba?

—No.

Di una larga chupada al cigarrillo.

—¿Qué hay entre usted y Harry? —inquirí otra vez.

Winnie respiró profundamente.

—No es lo que usted cree.

—¿Qué es lo que yo creo?

—Es fácil de comprenderlo.

—Muy bien, ya lo he supuesto. Trate de borrarlo.

—Estoy buscando a mi hermano.

—¿En el apartamento de Harry?

—No se haga el gracioso.

Hubo chispas de furia en sus ojos y eso sirvió para que yo la observase más atentamente. Era bonita. Muy bonita, y poseía unas curvas de primera calidad.

—Está bien —dije—. Cuéntamelo todo.

—Mi hermano tiene ahora veinte años. Desde que cumplió los quince empezó a chiflarse por los coches deportivos. A otros muchos jóvenes les ha pasado lo mismo. Han convertido la velocidad en su ídolo. Conoció el año pasado a Harry Wells en una carrera celebrada en Newport. Harry se llevó el primer premio y el club al que pertenece mi hermano le invitó a una cena. Fue entonces cuando Jimmy estableció amistad con Wells. A partir de entonces Jimmy cambió mucho. No paraba apenas en casa y tenía completamente abandonados sus libros. Un buen día dijo a mi padre que necesitaba dos mil dólares para un negocio. Quería asociarse con Harry Wells para trabajar en su taller de reparación de coches deportivos.

»Mi padre y yo quisimos disuadirle, pero Jimmy alegó que sólo pretendíamos tirar por la ventana su porvenir. Papá era demasiado buena persona y le dio los dos mil dólares. Nosotros vivíamos en Newport, de modo que Jimmy se vino a Nueva York. No nos escribió una sola carta y al cabo de dos meses mi padre decidió venir a verlo. Aquí se encontró con una sorpresa. Harry Wells le dijo que ignoraba totalmente que Jimmy estuviese en Nueva York.

Fue un golpe terrible para mi padre. Permaneció aquí un día metido en la habitación del hotel y finalmente comunicó lo de Jimmy a la Oficina de Personas Desaparecidas. Papá me puso al corriente de lo que pasaba por teléfono. Se quedó dos semanas en Nueva York y finalmente la policía dijo que todas las pesquisas realizadas no habían servido para nada. Ignoraban en absoluto dónde se pudiese encontrar mi hermano y, bueno, papá no pudo identificar a Jimmy en las fotografías de los cadáveres que le enseñaron.

La joven hizo una pausa. Yo dije:

—Hay una botella de *whisky* en el primer cajón de la mesa. También verá unos cuantos vasos de papel.

Sacó la botella de *whisky*, pero no cogió ningún, vaso. Me aticé un trago que me reanimó bastante.

—Prosiga, Winnie.

—Papá volvió allá envejecido, cansado. Fueron pasando las semanas. Había padecido del corazón desde un par de años antes. Un buen día se acostó y cuando llegó la hora de despertar, él seguía en la cama... Había muerto durante la noche.

—Lo siento.

—Nada me retenía en Newport. Allí trabajaba como cajera en una estación de servicio. Había seguido un curso como secretaria comercial. Mi padre me dejó algunos dólares y me vine a Nueva York. Eso fue hace tres semanas. Llegué decidida a averiguar qué había sido de mi hermano. Sólo tenía una pista, Harry Wells. Si me presentaba a él como la hermana de Jimmy no adelantaría nada y decidí hacerlo de otra forma... Alquilé un coche y me puse a seguirlo. De esa forma supe los lugares que frecuentaba. Luego me acerqué a él. Resultó fácil.

La medí de pies a cabeza.

—No lo dudo.

Ella levantó la barbilla.

—Entre Harry y yo no ha pasado nada, señor Grey.

—Me dio la impresión de que existe mucha confianza entre usted y él.

—He ido tres veces a su apartamento y hasta ahora he logrado que ninguna cita haya quedado para la noche. Me serví de una buena excusa. Le dije que tengo que atender a una tía enferma.

—Muy bien. ¿Qué es lo que ha averiguado con respecto a su

hermano?

—Nada.

—¿Llegó a plantearle la cuestión a Harry?

—De un modo indirecto.

—¿Qué es lo que le dijo?

—Le hablé casualmente de que había conocido a un muchacho que quería ser corredor como él. Le di el nombre de mi hermano, Jimmy Scott, y Harry, después de quedarse un rato pensativo, dijo que en su vida había oído hablar de él.

—¿Eso ha sido todo?

—Sí. ¿Se da cuenta? Harry mintió. Debe acordarse forzosamente de mi hermano. Cabría la posibilidad de que lo hubiese olvidado si entre ellos sólo existe la amistad de Newport, pero mi padre fue a hablar con él. Es imposible que lo haya olvidado.

Se hizo un gran silencio en el despacho.

Bebí otro trago y luego dije:

—¿Por qué ha venido?

Winnie se humedeció los labios con la lengua.

—Lo vi llegar allí y me produjo una buena impresión eso de que dominase a Harry sin mucho esfuerzo. Luego, usted dijo que era detective privado e interrogó a Harry acerca de una mujer —se interrumpió unos segundos y luego agregó—: En fin, pensé que usted podría ayudarme.

—Winnie debe ser el nombre que tú le diste a él —dije tuteándola—. ¿Cuál es el verdadero?

—Sue.

De pronto, el teléfono empezó a sonar. Me tuve que levantar para acercarme a la mesa y creo que el cerebro cambió de lugar. Me arrastré una yarda y alcancé el micro.

—¿Sí?

—¿Dónde te metiste? —preguntó la voz de Coleman—. Llamé hace media hora.

—Fui a las regiones etéreas.

—¿De qué hablas?

—Me hicieron pasar por el rodillo.

—¿Quiénes?

—Un par de gorilas. No los conozco.

—¿Tipos de Hollister?

—No lo sé. El patrón puede ser Hollister o cualquiera de las otras personas con quienes he hablado hoy. Esta vez se han contentado con eso.

—Quieren que te apartes del asunto.

—Cada día sois más listos los polis.

Me soltó una palabrota y yo dije:

—Cuéntame lo tuyo, Bill.

—Lo único que hemos adelantado es que Anders está reuniendo los quinientos mil dólares. Ha echado mano a tres bancos para que le proporcionen los billetes deseados.

—¿Habéis recibido el soplo de los bancos?

—No. Hay un par de hombres que siguen a Anders. Los bancos estaban dispuestos a guardar silencio, pero nosotros llegamos después que Anders y les obligamos a darnos el informe. Naturalmente, todo se lleva dentro del mayor sigilo.

—Eso me recuerda un chiste.

—¡Vete al infierno! ¿Es que nunca vas a poder hablar en serio?

—Empezaré ahora. Tengo trabajo para ti. Apunta estos nombres. Harry Wells y Jimmy Scott —a continuación dije cuánto sabía acerca de ellos. Tuve que interrumpirme para pedir a Sue la descripción de, su hermano. Luego agregué—: Me interesa especialmente todo lo referente a Harry Wells. Quizá encontréis antecedentes en alguna parte.

—Bien, muchacho, ya te avisaré.

Colgó y yo lo hice después.

—¿Cree que le ha ocurrido a mi hermano algo malo, Stewart? —preguntó Winnie.

Me pasé una mano por la cara.

—Es difícil hacer una, hipótesis. Quizá Harry Wells haya dicho la verdad y Jimmy no llegó a verse con él.

—¡Pero si vino aquí con su dinero para invertirlo en el taller de Harry!

—Es posible que cambiase de idea en el camino a Nueva York.

—¿Lo cree usted sinceramente?

No, no lo creía, pero hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Tengo hambre —dije—. ¿Tú no?

—Sí, creo que sí —sonrió.

Comimos en lo de Basinsky y, para cuando tomábamos café, ella y yo éramos como viejos amigos.

—No me gustaría que volviesses al apartamento de Harry —le dije.

—No iré.

—Buena chica.

Algunos clientes se me quedaban mirando, porque los bastardos me habían dejado la cara un poco estropeada.

—Vámonos de aquí, Sue. No me gusta que me miren.

La llevé en mi coche a su casa de la calle 49. Antes de bajar me cogió una mano y apretóla entre las suyas.

—Confío en ti, Stewart.

La besé en la comisura de la boca y ella se desasíó y se me quedó mirando con los ojos muy abiertos. Pensé que me iba a pegar una bofetada y ésa hubiese sido la segunda.

—¡Oh, Stewart! —exclamó—. No me acordaba de los honorarios.

La besé otra vez, ahora un poco más al centro de la boca, y le dije:

—Ya los estoy cobrando.

Se encendió como una amapola y saltó del coche.

—Te llamaré mañana, Stewart.

Le dije que bueno y me alejé de allí. Subí con precauciones a mi apartamento por si los gorilas me estaban esperando para repetir la función. Lo deseé con todas mis fuerzas, pero no encontré a nadie ni fuera ni dentro.

Cerré con llave para evitarme cualquier sorpresa y dejé la pistola en la mesilla de noche, al alcance de mi mano. Luego me quedé dormido como un bendito.

CAPÍTULO V

Gladys me recibió sorprendida.

—Dos visitas tuyas en seis horas es algo realmente extraordinario, Stewart.

La hinchazón de mi cara había bajado bastante.

La doncella me había hecho pasar directamente al dormitorio y Gladys salía del cuarto de baño envuelta en un batín.

Me senté en un sillón y crucé las piernas.

—¿Con quién fue el combate, Stewart? —me preguntó.

—De eso se trata. Los chicos se fueron demasiado precipitadamente de mi despacho y no me dio tiempo a darles las gracias.

Vino hacia mí y se sentó en el brazo del sillón pasándome sus dedos por el cabello.

—Quisiera saber qué es lo que tienes dentro de esa cabezota.

—Yo también me lo pregunto a veces.

Seguidamente le di la descripción de los dos tipos. Ella me escuchó atentamente y dijo:

—¿Es realmente necesario que los veas otra vez, Stewart?

—Sí.

—¿Por qué no te apartas del asunto? Conozco a esa gentuza. Te han dado el aviso.

—La próxima vez les tomaré la delantera.

—Eso es algo que no va a depender de ti. ¿Te acuerdas de Spy?

—Sí, un buen muchacho.

—¿Y qué final tuvo el buen muchacho? Se metió en su coche, pisó el pedal y saltó hecho pedazos por el aire.

—No te preocupes. Iré a pie.

—Hay camiones de doce toneladas que de pronto pierden la dirección, insectos de plomo que salen por una ventanilla en oleadas y otros muchos medios.

—Me los conozco de memoria.

—¿Sabes una cosa? Estuve pensando mucho en ti. Casualmente necesito un hombre que me ayude.

Le sonreí.

—¿Qué clase de ayuda?

—No seas mal intencionado. Me he dado cuenta de que un negocio como el que yo llevo debe ser manejado por un hombre. Te pagaría bien. Mucho más de lo que logras recibiendo golpes cada dos por tres.

Le cogí una mano y se la apreté.

—Eres una gran chica, Gladys, pero cuando pensaste en eso ya sabrías cuál sería mi respuesta.

Dio un suspiro.

—Sí, hombre de las cavernas. Lo sabía.

—Anda, Gladys, búscame a esos tipos. Quiero saber con quién están relacionados.

—No te puedo asegurar nada, pero veré lo que puedo hacer.

Le palmeé la cara y ella se alejó de mí, saliendo del cuarto.

Encendí un cigarrillo y oí su voz lejana hablando por el micro.

Hizo tres llamadas y luego regresó.

—Las redes están tendidas. Ahora es necesario esperar.

Me puse en pie y fui hacia ella.

—No sé qué haría sin ti —dije, rodeándole la cintura con mi brazo.

Nos besamos y ella dijo luego:

—Un día de estos yo también te voy a mandar dos gorilas... para que te traigan atado.

—Anda, vístete. Serás mi invitada en el almuerzo.

Se puso un vestido negro y la uve del escote era muy larga. Estaba maravillosa. La llevé a lo de Moka, pero ninguno de los dos probamos bocado. Ella se daba cuenta de que me estaba jugando la piel en el asunto, en que estaba metido, y yo, a la preocupación de Lucy Anders, añadía ahora la del hermano de Sue.

Regresamos otra vez a su apartamento y, apenas estuvimos dentro, Gladys se me colgó del cuello y me besó apasionadamente.

—Por favor, Stewart... Abandona de una vez ese oficio...

No dije nada y se separó de mí...

—Soy una cursi, ¿verdad? —sonrió suavemente.

—Eres una mujer encantadora.

—Me ocurre siempre que te veo. Voy a llegar a una conclusión, ¿sabes? Preferiré que estés seis o siete meses sin venir por aquí. A veces pienso que te han matado en Los Ángeles, en Kansas City o en cualquier otra parte del país. Me acostumbro a la idea, pero entonces apareces tú y me doy cuenta de que te llevo metido demasiado hondo.

Le cogí las manos.

—Escúchame, Gladys... Me gusta mi profesión. No me cambiaría por nadie. Sé que es dura y que cualquier día me encontrarán con una piedra al cuello o me verás sobre una losa de mármol con la piel llena de agujeros, pero eso no hace cambiar las cosas... Nunca las hará cambiar... aunque viviese otra vez... Se me revuelven las tripas cada vez que pienso que hay tipos que amasan millones a costa de la sangre y del sudor de los demás, fulanos que viven fuera de la ley explotando todos los vicios, clavando la zarpa allá donde pueden llegar... tipos crueles, sádicos, para quienes sólo cuentan ellos mismos, que no vacilan en matar, en asesinar para conseguir lo que ellos quieren...

Hubo un silencio. Gladys cerró los ojos y los abrió, diciendo con voz débil:

—Conocía todo eso... pero no me costaba nada intentarlo... Voy a llamar.

Me dejó solo otra vez y al cabo de unos cinco minutos regresó. Guardó silencio durante unos instantes mirándome.

—Te diré dónde los puedes localizar.

Sentí un cosquilleo en la garganta.

—¿Dónde, Gladys?

—Han sido vistos en el bar de Bing Taylor, calle 14, East Side.

—Conozco el sitio, he ido un par de veces allí.

—Ya sabes qué clase de gente frecuenta esos lugares.

—Lo sé. ¿Con quienes trabajan?

—Eso no lo saben. Los dos gorilas tampoco son de aquí. Se sabe que uno de ellos ha venido de Detroit. Del otro no tienen noticias.

—Muy bien, Gladys. Es cuenta mía.

Di dos pasos hacia ella y la tomé por la barbilla.

—Cuando esto acabe te llevaré al Waldorf.

—Prefiero un sitio donde tú y yo podamos estar a solas —sonrió.

—Donde tú quieras.

Media hora más tarde entraba en el bar de Bing Taylor. Era media mañana y no había mucha gente en el establecimiento. Sabía que en la parte trasera del local había reservados y que la de arriba, Bing la dedicaba a su clientela de confianza.

Conocía a Bing. Estaba sentado a una mesa leyendo el diario. Caminé hacia él y me senté a su lado.

Bing, pelirrojo, de cara muy fea y ojos saltones, me miró.

—Se equivocó de dirección, amigo —dijo.

—Apuesto a que no, Bing.

Me enseñó los dientes y arrojó el diario sobre la mesa.

Bing era muy fuerte y debía pesar los noventa kilos. Había sido carnicero durante muchos años y quizá lo siguiese siendo en la intimidad.

—¿No te enteraste, Grey? Hace un mes mandé a un sabueso al hospital.

—Sí, ya lo sé, a Lex Marty. Es amigo mío. Tres costillas rotas, una oreja colgando y una pierna partida en dos... Todavía no se ha repuesto, pero Lex no me dijo quién lo hizo. Ahora lo sé.

Sonrió apretando los dientes.

—Lex Marty cumplió lo que le dije. Le advertí que debía mantener la boca cerrada.

Me rasqué una patilla.

—Eres un tipo muy feo, Bing.

—No quiero confidentes de la policía en mi local.

Le miré fijamente a los ojos.

—Busco un par de muchachos. Uno es alto, grueso, con un lunar sobre la mejilla derecha. El otro es un poco más bajo y el labio inferior le cuelga, dejando ver una mella entre los dientes.

—En mi vida he visto dos tipos de esa clase, y ahora vete al infierno.

—Me dijeron que los encontraría aquí.

—Ya te dije que viniste equivocado.

—Quiero el informe.

Apretó los puños y empezó a levantarse.

—Te voy a descoyuntar los huesos, Grey, y eso es algo que deseo hacer desde largo tiempo.

Le mostré el hocico de la pistola y sólo tuve que levantar un

poco la chaqueta.

Miró el arma y se mordió el labio inferior.

—¿Cuál es la habitación?

—No están aquí.

—¿Cuál es la habitación?

—¡Te he dicho que no están! —gritó.

Alargó la mano, pero yo fui más rápido y le pegué con el cañón en los nudillos. Cayó sobre la mesa aullando. Sólo un par de tipos volvieron la cabeza y al ver lo que yo tenía en la mano, se ocuparon de sus cosas.

Clavé la mirada en el rostro de Bing, contraído por el dolor.

—La próxima vez te aseguro que será en las narices. Y sólo cuentas con tres segundos para evitarlo.

Bing sabía que yo cumplí mi palabra.

—Habitación número ocho —hizo rechinar los dientes—. Anda, ve allí valiente... Te saltarán la tapa de los sesos.

Me puse en pie y eché a andar hacia la puerta que había al fondo. Abrí y me encontré con una escalera. Cerré a mis espaldas y empecé a subir. Crucé un corredor y me detuve ante la puerta señalada con el número ocho.

Presté atención y no oí ningún ruido extraño. Puse la mano en el tirador y abrí bruscamente, penetrando en el cuarto con la pistola por delante.

Sólo estaba uno de ellos. Era Banker's, justamente el que me había hecho el chichón en la cabeza. Estaba acostado, con las manos entrelazadas bajo la nuca. Tenía la pistolera sobre la almohada y de pronto se alzó haciendo correr la diestra hacia el arma.

—¡Quieto, Banker's! —dije y cerré la puerta de un puntapié.

Me dirigió una mirada asesina.

En la habitación solamente había una silla. Fui hacia ella y me senté a horcajadas. En ningún momento dejé de apuntar con mi «Smith & Wesson» al verdugo.

—¿Dónde está tu amigo? —pregunté.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo...? Yo no tengo amigos.

Quizá no había ido todavía a la escuela secundaria.

—Muy bien, Banker's. Toquemos otro tema... ¿Quién os pagó

por hacerme la visita?

—¿Banker's? Yo no me llamo Banker's...

—¿Cuál es tu nombre?

—Lo olvidé. Soy un tipo muy olvidadizo.

—Te hice una pregunta, Banker's. Contéstala.

—¿Me hizo una pregunta? ¿Qué pregunta?

Empecé a ponerme en pie y como yo tenía la silla entre las piernas, fue un buen momento para que él saltase sobre mí. Me rozó la cara con el puño, pero luego lo detuve con un golpe seco en el plexo solar y empleé el mismo puño para taparle la boca.

Se fue hacia atrás, estrellando las espaldas contra la pared. Eso le dio impulso para venir otra vez sobre mí. Le golpeé en el estómago y cuando se arrugaba lo volví a cazar en la cara.



Le golpeé en el estómago

2 - SEQUESTRO

Se vino abajo estrepitosamente.

Oí ruido de pasos por el corredor y me apresuré a quitarme del camino de la puerta, yendo hacia ella por la otra parte.

Sonaron dos estampidos y las balas atravesaron el panel y se incrustaron en la pared. Me puse una mano en la boca y dije:

—¡Maldito...! ¡Estoy listo...!

Me salió una bonita voz de agonizante.

Abrieron la puerta de un patadón y Luger se precipitó en el interior con la pistola en la mano.

Salté sobre él y le incrusté la culata junto a la oreja. Lanzó un grito y empezó a desplomarse hacia delante. Era demasiado pronto para que cayese y lo levanté, propinándole un rodillazo.

Le sacudí con el puño en la cara y eso fue ya demasiado para él.

Cerré la puerta y me quedé respirando entrecortadamente. Hice acopio de las armas y las metí debajo de la cama.

Los dos pistoleros empezaron a moverse. Luger fue el primero en levantarse. Metió una mano en el bolsillo y, sacó el pañuelo para restañarse la sangre que le resbalaba por el cuello.

—Eso lo va a pagar, muchacho.

—Ahora estamos a la par. No soy rencoroso y en el mundo hay sitio para todos.

—Está bien, lárguese.

—Me marcharé cuando me digas quién fue el tipo que os pagó.

—No podemos decírselo.

Hice ademán de ir a pegarle otra vez y retrocedió.

—Le juro que le estoy diciendo la verdad.

—Es completamente falso. Uno de vosotros dos vino de Detroit y eso quería decir que fue un trabajo contratado.

—Nos llamaron por teléfono.

—¿Quién?

—No lo dijo. Nosotros lo hacemos así. No tiene nada de particular.

—Cuentos.

—Nos dijeron que viniésemos a esta casa y que le pidiéramos una habitación a Bing Taylor. Es lo que hicimos y luego, una vez aquí, nos llegó por teléfono el aviso de que debíamos ir a verle a usted.

Podía decir la verdad o estar mintiendo.

—Bien, chicos —dije—. Nos vamos a separar y, por vuestro bien, es mejor que no nos volvamos a ver. Sé corresponder a las personas.

Salí al corredor y cerré.

Descendí por la escalera, mientras guardaba otra vez la pistola en la axila. Apenas abrí la puerta qué comunicaba con el local, Bing

Taylor me estrelló el puño en el estómago. Me había estado esperando y saltó por la izquierda, sin darme tiempo a burlar el golpe.

Me derrumbé sobre los primeros peldaños tratando de tragar aire por la boca. Se metió en el pasadizo y me largó un puntapié a la cara.

Me eché a un lado y golpeé la cabeza contra la baranda.

Bing casi perdió el equilibrio y se vino hacia mí. Entonces le solté un zurdazo en el riñón. Cuando se agachaba me levanté bruscamente y mi cráneo aplastó su boca. Lanzó un aullido y se puso a escupir palabras muy feas.

—Estás muy mal educado, Bing —dije.

—¡Te voy a matar. Grey! —chilló—. ¡Y va a ser ahora!

Estaba cansado de pelear y quería respirar el aire de la calle. Le aticé en el hígado, en el estómago y por último en las narices.

Se quedó hecho un cuatro en el suelo.

Oí pasos fuera y saqué otra vez la pistola. Cuatro tipos me miraron con ojos cargados de odio, pero ninguno de ellos intentó nada, porque un arma infunde respeto, especialmente si la maneja un tipo que aprieta los dientes con ferocidad, porque está dispuesto a emplearla.

Abandoné lo de Bing Taylor sin otro contratiempo.

CAPÍTULO VI

Encontré a Bill Coleman en el corredor que daba acceso a mi despacho. El teniente paseaba de arriba abajo, como un animal nervioso y se detuvo al verme.

—Al fin has llegado —exclamó.

Saqué la llave y abrí la puerta. Pasamos directamente a mi despacho y yo me senté detrás de la mesa en el sillón giratorio.

Bill apoyó las palmas de las manos sobre una carpeta.

—Tienes que abandonar, Stewart.

Lo miré a los ojos.

—¿Por qué, Bill?

—Los secuestradores saben que andas detrás de ellos. Se lo han dicho a Anders. Lo han amenazado con matar a la chica inmediatamente.

—Vaya, es una contrariedad.

—Es algo más que eso. El final. Por fortuna, te será fácil. Después de todo, no tienes cliente. Nadie pagaba tus gastos.

—¿Os lo dijo el propio Anders?

—No. Anders imaginó que su amigo Bruce Rooney se había ido de la lengua y fue a verle. Rooney no tuvo más remedio que decir la verdad. Anders se enfadó mucho con él y le ordenó que hiciese marcha atrás. Lo peor vino después, cuando Rooney se entrevistó con O'Connor. El capitán me mandó llamar y me soltó una buena por haberte mezclado en esto. Quería que te suspendiéramos la licencia. Pero yo logré calmarlo prometiéndole que te apartarías del asunto.

Se hizo un silencio en la habitación. Saqué la botella de *whisky* y la levanté por si quería. Me hizo un gesto negativo con la cabeza. Bebí un trago y luego hice chascar la lengua.

—¿Qué más dijeron los secuestradores?

—Nada más.

—¿Y el dinero?

—Llamarán otra vez a Anders para explicarle la forma en que ha de entregar el medio millón.

—Muy bien, Bill. Hasta la vista.

Compuso una mueca.

—No me puedo ir así, Stewart.

—Muy bien. Te estrecharé la mano y te acompañaré hasta la puerta.

—¡Maldito seas! Sabes que no me refiero a eso.

—Desahógate.

—Quiero que me prometas que abandonarás el caso.

Dejó la botella sobre la mesa.

—Siempre te he tenido por un buen policía, Bill, y tú debes saber tan bien como yo que esos secuestradores habrán matado ya a la chica.

—¿Y si no lo hubiesen hecho?

—¡Y un cuerno! Lucy Anders no es ningún chiquillo de seis meses. Tiene ojos en la cara y ha podido verlos perfectamente. Si esos *gangsters* la devolviesen a su hogar, después de recibir el rescate, estarían perdidos. Ellos lo saben mejor que nadie. Sólo tienen una forma de escapar. Liquidándola a ella.

Bill se pasó una mano por la cara.

—¿Por qué infiernos se me ocurriría venir aquí? Tuve el presentimiento de que estaba cometiendo un error.

—Dile a O'Connor que estoy de acuerdo, pero seguiré trabajando en el asunto Anders.

—No puedo hacer eso.

—Ya. Tú eres un tipo íntegro.

Coleman se quitó el sombrero y lo puso sobre la mesa. Tragó saliva y dijo gesticulando:

—Escúchame, muchacho. Nosotros continuaremos con el asunto. Eres tú quien debes desaparecer. Tenemos interferidos los teléfonos de la casa de Anders y conoceremos el lugar donde se realizará el pago de los quinientos mil dólares. Estableceremos un buen cerco y cuando llegue el momento, actuaremos rápida y eficazmente.

—Todo eso lo tenías cuando viniste aquí.

Se golpeó la palma de la mano con el puño.

—Infiernos, yo pensé que tú darías más pronto con la banda. Era

la vida de la chica lo que me preocupaba, Stewart, no me lo echas a perder... Además, si insistes en seguir investigando y la chica está realmente muerta, tú siempre serás el culpable.

—Para O'Connor.

—¡Y para Anders también!

Permanecí un rato pensativo. Había pensado hacer una visita a Harry Wells para atornillarlo un poco más fuerte que el día anterior, pero ahora, si las cosas se ponían así, el guapo mozo se evitaría un mal rato.

—¡Está bien! —grité—. ¡Me estaré quieto si tú quieres, Bill, pero acuérdate de lo que te digo...! ¡La chica fue muerta apenas la atraparon!

Coleman había ganado la batalla. Sacó un pañuelo para enjugarse el sudor de la frente.

—Gracias, Stewart.

—No me las des.

—Te tendré al corriente.

—Ahórratelo.

Sacudió la cabeza y marchó hacia la puerta. Con la mano en el tirador se volvió.

—O'Connor también te lo agradecerá. Y tú sabes que te conviene estar a buenas con el capitán.

—¡Que el diablo se lo lleve!

Salió fuera y oí perderse sus pasos a lo lejos. Miré al trasluz la botella. Quedaban dos dedos. Demasiado poco. Lo bebí de un trago y sentí deseos de arrojar la botella contra la pared.

Encendí un cigarrillo e iba a poner los pies sobre la mesa cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, Stewart.

Era la dulce voz de Sue Scott.

—Buenos días, Sue.

—Ha ocurrido algo totalmente imprevisto.

—¿De qué se trata?

—Acabo de recibir una carta de Jimmy.

—¿Qué dice en ella?

—Únicamente que se encuentra bien y que no tengo por qué preocuparme. Me da muchos abrazos y luego firma.

—¿La carta está escrita por él?

—No, está compuesta a máquina.

—¿Qué me dices de la firma?

—Puede ser de él.

—Pero también puede ser una falsificación, ¿no es verdad, Sue? Dejó correr unos segundos.

—Sí, Stewart.

—¿Desde dónde te la manda?

—Desde Baltimore. Está fechada en el día de ayer. No hay ninguna dirección.

—Bueno, Sue, quizá realmente la ha escrito él.

—¿Pero cómo ha sabido él dónde vivía yo?

—Es posible que se haya enterado por una tercera persona.

—¿Quién, Stewart...? ¿Harry?

Cerré los ojos. El asunto de Sue también giraba alrededor de Harry Wells, pero yo tenía que estarme quieto y el capitán O'Connor me quedaría muy agradecido.

—Oye, pequeña, tranquilízate —dije abriendo los párpados.

—Está bien, Stewart. ¿Has logrado tú alguna cosa?

Preferí mentirle a decirle la verdad.

—Se me ha presentado un asunto muy importante que he de resolver enseguida. Nos veremos esta tarde y cambiaremos impresiones. ¿Te parece bien a las siete?

Le pareció bien. Cuando colgué me quedé pensativo. Al cabo de quince minutos había adoptado una decisión.

La casa de los Anders en Rhode Island había sido construida cincuenta años atrás, aunque se notaba que habían hecho en ella unas cuantas reparaciones. Pertenecía al estilo Victoriano. Podía observar la mansión a través de los barrotes mientras me esperaba a que abriesen, después de haber pulsado el timbre.

Miré a la izquierda de la Avenida Wilson. Treinta yardas más arriba unos hombres trabajando en un desagüe. Tenían las herramientas adecuadas, pero yo aposté a que eran los chicos del capitán O'Connor. Había un coche cuya parte posterior enfilaba hacia donde yo estaba. Reí al pensar en la cara que pondría O'Connor cuando viese la fotografía que indudablemente me acababan de hacer mientras permanecía allí quieto.

—¿Qué desea? —Oí de pronto una voz.

Volví la cabeza y observé al otro lado de la puerta a un tipo que debía ser el jardinero a juzgar por el sombrero de paja y el mono azul con que se cubría.

—Quiero ver al señor Anders, Douglas Anders.

—¿Pidió cita por teléfono?

—Es un asunto personal, y muy urgente, amigo. No hubo tiempo para la llamada. Vaya a decirle que está aquí Stewart Grey.

Titubeé unos instantes, mientras me observaba con atención.

—Espere —dijo al fin y se marchó por el camino de cemento que conducía a la casa.

El jardín era enorme y estaba bien cuidado. El fulano regresó al poco rato.

—Está bien, señor Stewart.

Abrió la puerta y pasé dentro.

—Vaya a la casa, un criado lo estará esperando.

Fui a la casa y efectivamente, allá, en el porche, me estaba esperando un criado de cara muy larga y pálida. Me pidió el sombrero y yo se lo di.

Cruzamos el *hall* que se hubiese podido utilizar como pista de despegue y aterrizaje, y luego entré en una biblioteca que podía haber sido explotada por una empresa de pompas fúnebres. Reinaba una oscuridad casi completa, pero al fondo había un candelabro encendido. El tipo que había detrás de la mesa, me ofrecía un tétrico aspecto entre aquellas sombras y podía haber pasado por el gran sacerdote de una secta californiana.

Me adelanté hacia él, caminando a través de millas de blanda alfombra.

Douglas Anders levantó la mano, como si realmente fuese a officiar, pero lo único que hizo fue señalarme un gran sillón de alto respaldo.

Lo ocupé y creí que me iba a tragar.

Abrí la boca para empezar a hablar y entonces el tipo hizo otro gesto con la mano para que callase. Sacó una libreta del bolsillo, cogió una pluma y se puso a garabatear en una hoja. Luego rasgó el papel y lo arrojó sobre la mesa, hacía mi lado.

—Ahí tiene, señor Stewart.

Cogí el talón porque era eso, y lo miré. Allí había un número de cuatro cifras. Con sólo que presentase aquel papelito en el First

National Bank, yo sería propietario de mil dólares. ¡Y el teniente Coleman había dicho que yo no tenía ningún cliente!

Mi mecenas habló por segunda vez.

—Eso le compensará de todas las molestias, señor Stewart.

Dejé otra vez el talón sobre la mesa. Él lo miró unos instantes y finalmente clavó sus acerados ojos en mi rostro. Ya me había acostumbrado a la luz del candelabro y calculé que Douglas Anders tendría unos cincuenta años de edad y era de rostro abotargado, aunque sus ojos brillaban mucho. Me hizo el efecto de esos individuos que encuentran en las drogas el ansia de vivir, aunque sólo sea momentáneamente.

—Vine a solicitar su autorización, señor Anders.

—¿Mi autorización...? ¿Para qué?

—Para continuar indagando acerca del paradero de su sobrina.

Hubo una pausa y de pronto exclamó:

—Usted no hará tal cosa.

Su voz restalló como un latigazo. Se dio cuenta de que había sido demasiado brusco y trató de sonreír.

—Usted debe comprenderlo mejor que nadie, señor Stewart.

—¿Qué es lo que debo comprender?

—No me decepcione, señor Stewart. Esos hombres cumplirán la amenaza de matar a mi sobrina si se ven en peligro antes de cobrar el rescate.

—¿Y si la hubieran matado ya, señor Anders?

—Aunque así fuese, no estamos en situación de dudar de su palabra. Suponga que está viva.

—No puedo suponerlo.

—¿Por qué no?

—Acostumbro a colocarme en el lugar de los tipos con que me enfrento.

—Sí, ya sé a qué se refiere. Lógicamente, ellos temen ser descubiertos una vez que mi sobrina quede en libertad.

—Exactamente, señor Anders.

—Yo he pensado en todo, señor Stewart, sopesé los pros y los contras, y finalmente, me decidí por obedecer. Consideré que era lo más sensato. Comprendo que medio millón de dólares es una cantidad importante. Pero los Anders se pueden permitir ese desembolso, especialmente si con ello logra salvarse la vida de un

miembro de la familia.

Permanecí un rato mirándole a la cara. Finalmente, dijo, señalándome el talón:

—Cójalo, señor Stewart.

—Usted no me hizo ningún encargo, señor Anders.

—No, pero usted comenzó a investigar. Tuvo unos gastos y perdió su tiempo.

—Fue un verdadero placer.

Se le hinchó una venilla en la sien. Estaba furioso. Probablemente se había enfrentado muy pocas veces con aquella situación. Estaba regalando mil dólares y el tipo en cuestión los rechazaba.

—Muy bien, señor Stewart —repuso—. Déjelos si usted quiere, pero se estará quieto...

—Me estaré quieto, señor Anders.

Di media vuelta y eché a andar otra vez por la alfombra.

Salí de la casa de los Anders y llegué hasta donde había dejado aparcado mi coche. Quince minutos más tarde me detuve ante un bar y entré a beber un *whisky*. Mi entrevista con el señor Anders me había dejado la boca seca y no se debía precisamente a lo mucho que había hablado. Apuré el contenido de un vaso de un trago y pedí que lo llenasen otra vez.

—Hola —dijo una voz a mi lado.

Ladeé la cabeza y observé a un joven de cabello negro y rostro bien parecido.

—Lo seguí hasta aquí —dijo muy serio.

—¿Por qué?

—Soy el hermano de ella.

Lo miré con las cejas enarcadas.

—Debería romperte la crisma, muchacho. ¿Por qué diablos consentiste que tu padre y tu hermana se intranquilizaran?

—Perdone, no le comprendo.

Empecé a darme cuenta de que me había equivocado.

—Eres el hermano de Lucy Anders —dije antes de que él pudiera abrir otra vez la boca.

—Sí.

Bebí el otro *whisky*.

—Estaremos mejor en una mesa —dije.

Nos fuimos a una del fondo y tomamos asiento. Yo pedí otra vez *whisky* y el muchacho un refresco.

—¿Qué le ha dicho mi tío? —preguntó.

—Me quiso dar mil dólares, pero yo no se los acepté.

—Es de los que creen que todos tienen su precio.

—Quizá no se equivoque, muchacho.

Me observó con el ceño fruncido.

—Pero usted los rechazó.

—Quizá me pareció poco.

—No lo creo.

—Gracias. Pero vayamos por partes. ¿Cómo sabes quién soy yo?

—Mi tío y Bruce Rooney discutieron en mi presencia. Casi toda la conversación giró acerca de usted. A mi tío le dijeron esos secuestradores que usted había metido la nariz en el asunto y que si continuaba con ello mi hermana lo iba a pasar mal.

—Sí, comprendo —saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí, pero no aceptó la invitación.

—¿Va a abandonar el trabajo? —inquirió.

—La policía me ordenó que me estuviese quieto y tu tío me acaba de decir lo mismo.

Sacudió la cabeza.

—¿Podría contratarlo yo?

—Estoy a disposición de cualquier cliente, pero harías bien en tener en cuenta los inconvenientes. Eso te enfrentaría con tu tío.

—No me importa.

—¿Por qué no te importa?

—Él y yo nunca nos hemos llevado bien.

—Ésa no es razón para llevarle la contraria ahora. Supuestamente está en juego la vida de tu hermana.

—Pienso como usted.

—¿Cómo pienso yo?

Se mojó los labios con la lengua antes de responder.

—Que la deben haber matado.

—Te gusta oír por detrás de la puertas, ¿eh?

Enrojeció súbitamente.

—No puedo hacer otra cosa cuando me siguen tratando como un chiquillo, a pesar de que tengo veinticuatro años.

—Muy bien, Louis. Quizá te acepte como cliente. Pero antes me

has de contestar a unas cuantas preguntas.

—Estoy dispuesto.

—¿Cuál es tu situación económica y la de tu hermana respecto a tu tío?

—El año próximo tío Douglas sólo será tutor de mi hermana. Toda la fortuna de la familia pasará a mis manos.

—¿Y qué ocurrirá con tu tío?

—Mi padre le asignó una cantidad de cien mil dólares anuales por ser tutor nuestro. Los seguirá cobrando hasta que Lucy cumpla los veinticinco años. Faltan tres y medio para eso.

—Supongamos que tu hermana viviese para esa fecha. ¿Cuál sería la situación de Douglas Anders?

—Tío Douglas cobrará anualmente veinticinco mil dólares.

—Es un buen recorte aunque no se morirá de hambre —di una chupada al cigarrillo y agregué—: Y ahora dime. Supongamos que tu hermana haya muerto...

—Mi padre dejó establecido que si uno de nosotros muriese, tío Douglas entraría en posesión de un cincuenta por ciento de la herencia.

—Y por tanto, si morís los dos, él se quedará el cien por cien.

—Sí, así es.

Guardamos silencio.

—Tu tío tiene buenos motivos para que tú y tu hermana os vayáis al otro mundo.

—Desgraciadamente es así.

—¿Y tú qué opinas de todo ello?

Fue incapaz de resistir mi mirada y bajó la suya a la mesa.

—Prefiero callar acerca de eso.

—¿Qué me dices de tu hermana?

—Siempre se crió demasiado sola —me miró otra vez—. Los dos fuimos enviados a Europa para educarnos. Yo estuve allá hasta el año pasado, pero Lucy regresó a América cuando tenía catorce años y no consintió en ir a otro colegio. Mi tío trajo a casa profesores particulares, pero Lucy sólo pensaba en salir con ellos para divertirse. Se hizo egoísta y hasta un poco cruel.

—¿No es casado tu tío?

—No, nunca lo ha estado.

—¿Otra clase de relación con mujeres?

Parpadeó un poco confuso.

—Yo no le he conocido ninguna.

—Vida hogareña, ¿eh?

—Sale todos los días alrededor de las cinco, para ir a su club de la Quinta Avenida.

—¿Cuál es?

—El Naxos... Está allí un par de horas y luego regresa a casa.

Encendí el cigarrillo con la punta del que estaba fumando.

—¿Qué puedes decirme acerca de Bruce Rooney?

—Tiene la misma edad que mi tío y se conocieron en el club.

Bruce es un tipo simpático.

—¿Qué tal le van los negocios al amigo Bruce?

—Creo que bien, o al menos eso es lo que él aparenta.

—¿Pero no estás seguro?

—No... Bruce es un poco fanfarrón. Aunque Lucy y yo no podemos tener queja de él. Siempre ha demostrado tenernos un gran afecto.

—¿Dónde vive?

—Me dio la dirección de la Novena Avenida.

—Muy bien, Louis. Creo que has pasado bien el examen.

Me sonrió.

—¿Quiere decir que acepta mi encargo?

—No sé si hago bien o mal, pero ya te puedes considerar como cliente de Stewart Grey.

Sacó la cartera.

—Dígame qué es lo que le tengo que pagar.

—No exijo nada por adelantado a los clientes solventes. Mis honorarios son cuarenta dólares más los gastos.

—Le daré cinco mil dólares si apres a esos secuestradores.

—¿Sin importar que tu hermana esté viva o muerta?

Me miró muy serio.

—Sea como sea —dijo.

—Muy bien, Louis. Ahora debo hacerte una advertencia. Esto queda entre nosotros. Si hay alguien que lo deba dar a la publicidad será yo.

—De acuerdo, señor Grey.

—Otra cosa. Quiero que mantengas los ojos bien abiertos en la casa.

—Descuide, señor Grey. Le informaré de todo lo que ocurra.

—Y ahora regresa allá. Ya has estado demasiado tiempo fuera.

Nos pusimos en pie y cambiamos un apretón. Luego el hermano de la millonaria secuestrada caminó hacia la puerta. Le concedí dos minutos de ventaja y cuando salí a la calle, no vi rastro de él. Seguidamente me alejé de aquel lugar.

CAPÍTULO VII

Recorrí una veintena de bares, de garitos más o menos públicos y de agencias de apuestas más o menos camufladas. En, todas partes hablé con alguien al que di la descripción de Lucy Anders y la de su coche. Eran tipos de mi confianza, único medio que yo tenía a mi alcance para tratar de dar con una pista que me condujese hasta los secuestradores.

Eran más o menos las siete cuando terminé el trabajo. Me fui derecho a casa de Sue.

Ella me recibió cubriéndose con un vestido oscuro, muy entallado, que realzaba su figura. Me quedé inmóvil, mirándola.

—¿Cómo no te he conocido antes? —dije.

Sonrió invitándome a entrar.

—Quizá estuviste demasiado ocupado todo este tiempo.

Tenía que pasar por su lado y aproveché la oportunidad para atraerla contra mí y besarla en la boca. Lo hice poniéndole la mano en la nuca, y ella se separó, protestando con un mohín.

—Ésa sí que es buena. Me costó una hora conseguir este peinado y tú lo deshaces en dos segundos. Ahora tendré que rehacerlo.

—No será necesario —dije y entré en el *living*.

—Creí que me ibas a llevar a alguna parte.

—Lo siento, nena, pero di tu número de teléfono a unos cuantos amigos.

—Santo cielo, no me irás a decir que van a hacer cola.

Tenía sentido del humor y la atrapé otra vez para darle el premio, aunque ahora le dejé quieto el cabello.

Se soltó de mí, diciendo:

—Déjame que salga a la superficie.

—Tengo un hambre feroz, Sue. ¿No tendrás algo por la nevera?

—Ven conmigo y echaremos un vistazo.

Tenía un par de filetes de ternera que pasó por el fuego

dejándolos jugosos y tiernos, como a mí me gustan. Después de despachar uno cada uno, comimos una ración de jamón. Finalmente, hizo café.

Cuando encendimos cigarrillos, ella preguntó:

—¿Trabajaste mucho?

—Bastante, pero no logré saber nada en concreto —le tomé una mano—. Muy pronto me voy a enfrentar con Harry Wells y entonces le haré escupir toda la verdad.

—No te arriesgues demasiado.

—El riesgo es una parte de mi profesión, y a mí me gusta.

Entonces sonó el teléfono y ambos fuimos al *living*. Ella cogió el micro y preguntó quién llamaba. Me lo alargó, diciendo:

—Es para ti, de un tal Decker.

—Dime, muchacho —dije por el tubo.

—Hay algo, Stewart, pero no sé si te servirá.

—Vamos, suéltalo ya.

—Tengo un amigo que recogió a una rubia en la calle. Ocurrió anoche. Ella estaba borracha y mi amigo le tuvo que ceder el techo. Resulta que esta mañana la despertó y no se ha querido ir. Imagínate que se quiere casar con él. Mi amigo está preparando las maletas para marcharse.

—¿Rubia?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y cinco años.

—Eres un animal, Decker. Te dije que la chica tenía unos veinte.

—¿De veras me lo dijiste? Lo debí pasar por alto. Perdona, chico. Seguiré buscando.

Colgué haciendo una mueca. Decker pertenecía a la legión de despistados. Era un chico servicial, pero uno tenía que pensarlo muchas veces antes de aceptarle un informe.

Me llegó una música suave y giré sobre mis talones. Sue había puesto en marcha un tocadiscos. Apagó la luz y encendió una lámpara. De esa forma quedamos en la penumbra.

Se me acercó y yo la entallé. Bailamos un rato en silencio, hasta que sonó el teléfono. Esta vez cogí yo el auricular.

—¿Sí?

—¿Eres tú, Stewart?

—El mismo.

—Al habla George Bond.

—Adelante, George.

—Tengo un dato que no sé si te interesará.

—¿De qué se trata?

—La rubia fue vista hace dos días en lo de Arnold Jackman.

Lo de Arnold Jackman era un teatro burlesco, muy parisino a juzgar de mucha gente, pero yo lo había visto y tenía muy poco de francés.

—¿Estás seguro de que era la misma chica?

—Sí, me la han descrito exactamente y hasta citaron el nombre. Justamente se trata del mozo que atendió a la muchacha y al tipo.

—¿Qué tipo?

—Un muchacho muy guapo de pelo negro y rizado. Mi amigo lo ha visto un par de veces por allí, pero no conoce su nombre. Lo más importante de todo es que la rubia y el fulano se fueron a hablar con Jackman a su despacho.

—¿Y dices que ocurrió anteayer?

—No puede fallar porque mi amigo tenía un día libre, pero trabajó en el local sustituyendo a un compañero enfermo.

—Oye, George, esto es muy importante. ¿A qué hora estaba allí la chica con su acompañante?

—Eso también me lo ha dicho. A las siete y media.

Meneé la cabeza dubitativo.

—No puede ser.

—¿Por qué no? Te aseguro que el informe es bueno.

—La chica estaba citada a las seis con un muchacho y no llegó a su destino.

—Eso sólo significa que le dio el plantón y que se fue con el tipo guapo.

—Muy bien, George. Te enviaré mañana los cien dólares. ¿Cuál es el nombre de tu amigo?

—No quiere líos. Demasiado me costó hacerle soltar la lengua. Te lo repito, Stewart, puedes hacer uso del dato sin temor.

—De acuerdo —dije y colgué.

Sue estaba de pie mirándome. Me acerqué a ella.

—Lo siento, pequeña, pero tengo que marcharme.

—Creí que pasarías aquí el resto de la velada.

—Quizá me dé tiempo a volver.

La besé en la nariz y di media vuelta, dirigiéndome hacia la salida. En el camino me detuve, girando hacia Sue.

—Es posible que llame más gente. Di que me largué, que pueden darme los informes mañana en mi despacho.

—Sí, Stewart.

Le hice un saludo con la mano y salí definitivamente del apartamento.

El local de Jackman estaba en el Bowery, al costado derecho de China Town. Entré en el local cuando se estaba representando el número de fuerza. Cuarenta hermosas señoritas, interpretaban un «can-can».

La atmósfera estaba llena de humo y me hizo recordar cierta noche que hube de pasar en Londres.

Fui directo al bar y tomé posesión de un taburete. Pedí un *whisky* con un buen trozo de hielo, porque allí era cuestión de refrigerarse.

No conocía personalmente a Jackman, aunque sabía quién era porque me lo habían señalado un par de veces. Era un tipo con rodillos de grasa por todo el cuerpo, de cabeza grande y muy poco cuello.

Lo descubrí hablando con un fulano que iba acompañado de dos mujeres. Debieron contar algún chiste, porque reían mucho. Luego, Jackman palmeó a todos en los brazos y dio media vuelta, encaminándose al bar; fue a pasar de largo por mi lado.

—Hola, Jackman —dije.

Se detuvo y volvió la cabeza con la sonrisa en los labios. Pero al verme, empezó a parpadear mientras quedaba serio.

—No, su memoria no le traiciona, Jackman —murmuré—. Nunca fuimos presentados. Mi nombre es Stewart Grey.

Empezó a sonreír otra vez.

—¿El detective?

—Sí.

—Me gustan los detectives... muertos —se echó a reír.

—¿Quiere una copa, Jackman?

—No, tengo mucho trabajo.

—Quería hacerle un par de preguntas.

—Sólo contesto delante de mi abogado.

—Muy bien. Llámelo.

—Recuérdemelo un día de éstos.

Se marchó hacia las mesas. Así estaban las cosas. Bebí un *whisky* y entonces George Bond se sentó a mi lado. Hizo como si no me conociese. George abulta muy poco, porque no pesa más de cincuenta y cinco kilos. Su cara es de facciones alargadas, pero no hay una anguila más escurridiza que él en todo el Bowery. Pidió un *whisky* y, cuando se lo sirvieron, me habló por la comisura de la boca.

—El tipo guapo estuvo aquí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de horas. Venía solo. Se volvió a meter en el despacho de Jackman. Tardo una media hora en salir. Estaba conmigo Al Johnson y le pedí que lo siguiese.

—¿No ha vuelto Al?

—No, todavía no.

George cogió su vaso y lo vació de un trago. Luego pagó el importe y se alejó de mi lado.

Dediqué media hora a ver el espectáculo. De pronto alguien tironeó de mi mano y al volverme vi la cara de un exboxeador.

—Venga conmigo, míster —dijo.

Vacilé unos instantes.

—Es el jefe quien quiere hablarle —declaró andando hacia la puerta del despacho.

Fui con él.

Jackman me estaba esperando con las manos a la espalda. El exboxeador entró también en la habitación y cerró, apoyándose en la puerta. Había otro hombre en un sillón. Estaba examinando una pistola y casualmente el cañón apuntaba hacia el lugar donde yo estaba.

—¿Su abogado? —dije señalándolo con la mano.

Jackman no rió el chiste, y el tipo de la pistola me miró arrugando la nariz.

—No comprendo cómo ocurren tantos accidentes, señor Jackman. La gente debiera tener más cuidado con las pistolas.

Era una amenaza. Cerca de mí había un sillón y me dejé caer en él, porque si sobrevenía el accidente prefería que me cogiese sentado.

—¿Qué es lo que quiere, Grey? —preguntó Jackman.

—Me gustaría que me hablase de Harry Wells.

—¿Harry... Wells? —repitió—. No sé quién es... ¿Habéis oído hablar de Harry Wells, muchachos?

El exboxeador se estaba mirando las uñas y levantó la mirada sacudiendo la cabeza de un lado a otro. El tipo de la pistola se quedó pensativo y luego dijo:

—Conozco a un Harry que fue contrabandista en la época de Al Capone. Se volvió loco hace un par de años y ahora está encerrado.

Jackman me miró fijamente a los ojos.

—Ya lo ve, Grey. No conocemos a su hombre.

—Estuvo aquí esta tarde.

—¿De veras? Bueno, a mi local viene mucha gente. Es un negocio próspero. Usted mismo lo ha podido comprobar.

—Harry Wells vino a este despacho para hablar con usted y, al parecer, la conversación fue un poco larga.

Entre sus cejas apareció un fruncimiento.

—¿Quién le ha contado esa historia?

—¿Es cierta, Jackman?

Apretó los dientes con rabia.

—Hay alguien que me quiere meter en líos. ¿Qué te parece a ti, Mac?

Mac, el de la pistola, hizo un gesto afirmativo.

—Sí, señor Jackman... Apuesto a que este detective se ha inventado el cuento. Es él quien le quiere meter en líos.

Hubo un silencio y Jackman dijo:

—¿Lo ha oído, Grey? Usted va por mal camino. A mí, personalmente, no me interesan los jaleos. He tenido un detalle con usted trayéndole aquí para que hiciese sus preguntas, pero ahora veo que se equivocó y que usted y yo no tenemos nada que hablar.

—Sin embargo, Harry Wells estuvo acá y hace un par de días vino con una muchacha rubia y los dos estuvieron en este despacho.

Hubo otra pausa. El exboxeador se apartó de la puerta y Mac se puso en pie.

Jackman me estaba mirando con ojos brillantes.

—Le he dicho que está en un error, Grey. Eso debiera bastarle. Soy un hombre sincero.

Me hubiese reído en otras circunstancias.

—Muy bien, Jackman —dije enderezándome—. Si usted dice que Harry Wells no estuvo aquí, es que no estuvo aquí.

Hubo otros cinco segundos de pausa y luego Mac preguntó a Jackman:

—¿Quiere que Leo y yo lo acompañemos hasta su casa?

—No —repuso Jackman—. Grey nos acaba de demostrar que es un chico muy comprensivo. Ya lo has oído. Harry Wells no estuvo aquí.

—Gracias por su colaboración, Jackman —dije—. Si en alguna ocasión puedo devolverle el favor, cuente conmigo.

Mac rezongó:

—Se está burlando de nosotros, jefe. Apuesto a que se está burlando.

Jackman hizo una mueca.

—Si es así, va a ser peor para él.

—Entonces, ¿quiere que le acompañemos?

—No. Dejadlo marchar, Mac.

Hice un saludo con la mano y me encaminé hacia la puerta.

Leo, el exboxeador, había retrocedido otra vez y me impedía el paso. Esperé a que Jackman le dijese que se apartase, pero transcurrieron los segundos y su voz no llegó.

—Voy a salir —dije.

—Quítame tú —dijo Leo, y cerró los puños.

Empecé a mover la cabeza como si fuese a hablar con Jackman, y entonces disparé mi derecha.

Sonó un golpe seco. Le había alcanzado en la mandíbula y Leo empezó a resbalar muy sorprendido. Luego le pegué con la zurda entre los dos ojos y terminó de derrumbarse en el suelo, quedando inmóvil.

Escuché un ruido metálico a mis espaldas y al volverme vi a Mac que me estaba apuntando con la pistola.

Siguieron unos momentos de suspenso y finalmente Jackman dijo:

—Buenas noches, Grey.

Pasé por encima del caído Leo, abrí la puerta y salí fuera cerrando a mis espaldas.

George Bond continuaba en el mismo lugar del mostrador. Pasé junto a él y dije rápidamente:

—No puedo quedarme aquí. Estaré en el mismo sitio. Llámame.

Salí del local, me metí en mi coche y emprendí el camino de regreso al apartamento de Sue.

Quise darle una sorpresa y no apreté el timbre de la puerta. Sólo tuve que hacer girar el tirador para pasar dentro y eso quería decir que ella ya había pensado en mi regreso.

Entré en el *living* y me quedé quieto, sintiendo que la sangre se me helaba en las venas. Sue estaba en el suelo, inmóvil y su vestido había sido desgarrado por la falda y por los hombros. Un hilillo de sangre le corría por la nariz y en la mejilla derecha mostraba un gran hematoma.

CAPÍTULO VIII

La dejé sobre el diván y le puse unas compresas de agua fría en la frente.

Sue volvió en sí, soltando un gemido.

—¿Quiénes fueron, muchacha? —pregunté.

Se apretó las sienes mientras respondía:

—Llamaron a la puerta y fui a abrir. Eran dos. Uno muy fornido y el otro más delgado... Traté de defenderme, y uno de ellos me tapó la boca. En el forcejeo me rompieron el vestido... Lo siento, pero no puedo acordarme de más.

—Esos bastardos lo pagarán.

Sonó el teléfono y cogí rápidamente el auricular.

—Hola, señor Grey —dijo una voz que no pude identificar.

—¿Quién habla?

—Un amigo suyo.

—¿Qué amigo?

—Está revoloteando demasiado, señor Grey, y ya ve usted, acaba de recibir otro aviso.

—No debieron ponerle las manos encima a ella, maldito.

—Serénese, señor Grey. Usted tiene fama de ser un hombre de sangre fría.

Escuché un rechinar de dientes, pero era yo quien producía ese ruido. El tipo soltó una risita.

—Escuche bien, señor Grey. Acuda a su despacho cuanto antes. Allí le hemos dejado un sobre que contiene mil dólares y dos billetes para Miami.

—¿Dos?

—Uno es para usted y el otro para la chica. Y si me permite decirlo, tiene usted suerte, porque ella es una hermosa muchacha. Vaya a Miami y diviértanse mucho, pero, recuérdelo. Salgan de la ciudad esta misma noche... Felices vacaciones, señor Grey.

Inmediatamente colgó y yo lo hice lentamente.

—¿Qué querían, Stewart? —preguntó Sue.

Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—¿Has estado alguna vez en Miami?

—No.

—Nos pagan un viaje allá. Sólo tenemos que hacer la valija y marcharnos.

Hubo un silencio.

—Por eso vinieron antes aquí —dijo ella.

—Sí, emplean esos procedimientos.

—¿Qué vas a hacer, Stewart?

—Quiero que decidas tú. Me han invitado de muchas formas, pero esto que te han hecho a ti me ha revuelto las tripas. Si nos quedamos puede ocurrirte algo peor.

Me apretó una mano, sonriendo suavemente.

—Tú no abandonarías si dependiese de ti solo, ¿verdad, Stewart?

La miré a los ojos.

—No, Sue. No abandonaría.

—Tampoco lo vas a hacer ahora.

—Es un rasgo por tu parte, Sue, pero será mejor que lo pienses detenidamente.

—Ya está pensado y decidido.

Permanecimos tinos instantes inmóviles, mirándonos. Ella se me echó en los brazos y yo le salí al encuentro, porque ambos deseábamos lo mismo.

Esperé inútilmente la llamada de George Bond. Finalmente, decidí marcharme de allí. Saqué la pistola y se la alargué a Sue.

—Nunca he utilizado un arma de fuego —dijo ella.

—Resulta sencillo.

Le enseñé a quitar el seguro y dejé la pistola debajo de un almohadón, a su alcance.

—Es mejor que te la lleves tú —dijo Sue.

—No te preocupes. Tengo otra en el despacho. Pasaré por allá para recogerla.

Me acompañó hasta la puerta.

—Enciérrate con llave —le dije—. Y no abras a nadie, sea quien sea y lo que te diga.

—De acuerdo, Stewart, pero procura llamarme. Eso me servirá de mucho.

La besé en la barbilla y me fui.

Una hora después abrí la puerta del despacho y vi el sobre azul. Efectivamente, dentro encontré dos boletos para el avión y mil dólares.

En el camino había comprado una botella de *whisky*. Fui al refrigerador para sacar el sacacorchos y abrí la botella.

En ese momento sonó el teléfono. Oí una voz conocida.

—Hola, señor Grey.

—El avión de Miami salió hace exactamente quince minutos. Es una lástima que hayan perdido su oportunidad.

—¿Qué más?

—Lo voy a sentir por usted y por la chica.

—Le apuesto a que no.

Se puso a reír.

—A propósito, señor Grey, tendrá que devolver los mil dólares.

—Claro que sí. Dígame dónde tengo que ir para reintegrárselos.

—No quiero que se moleste. Ya le mandaré al cobrador.

—Dese mucha prisa, bastardo. Estos billetes huelen mal y me están echando a perder la oficina.

Rió otra vez y colgó.

Abrí un cajón con una llavecita y saqué la pistola que había guardado. Era una «*Parabellum*» de cañón largo. No era práctica para llevarla en la chaqueta, pero resultaba estupenda para casos de emergencia, y yo me encontraba ahora en esa situación.

Comprobé que todo estaba a punto y la dejé sobre la mesa. Abrí la botella y empecé a beber.

La puerta que daba acceso a la sala de visitas estaba abierta, pero la mía de vidrio esmerilado quedaba cerrada, aunque no había pasado la llave. Si alguien entraba yo le iba a dar una bienvenida de la que se iba a acordar durante los dos segundos que le quedasen de vida.

Se fue desgranando el tiempo.

El nivel del líquido fue descendiendo poco a poco.

De pronto oí un ruido lejano, procedente del corredor. Había crujido un zapato.

La puerta de la sala de visitas soltó un chirrido. Vi la sombra

proyectada sobre el vidrio.

Alargué la mano y cogí la pistola.

La sombra se fue haciendo más grande conforme se acercaba. Levanté el arma y apunté a la barriga.

Se abrió la puerta y vi en el hueco al teniente Coleman.

Me miró con una mueca extraña.

—¿No te parece que es demasiado tarde para andar jugando, Stewart?

Cerró a sus espaldas y se acercó al sillón de los clientes, donde se dejó caer.

Yo puse otra vez la pistola sobre la mesa y bebí un nuevo trago de *whisky*.

—Ha resultado un fracaso —dijo y se quitó un zapato, pegando un suspiro.

—¿Qué es lo que ha fracasado?

—Los secuestradores tienen ya los quinientos mil dólares.

Moví la cabeza de arriba abajo.

—Ya, y vosotros no tenéis a ninguno de los secuestradores.

—Resulta increíble, ¿verdad, Stewart?

—Son cosas que pasan.

—Nos la han pegado bien —se quitó el otro zapato y apoyó la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos—. Se sirvieron de Bruce Rooney para atrapar el dinero.

—Cuéntalo. Quizá me levante el ánimo.

—Esos tipos estaban al corriente de todo y sabían también que Bruce Rooney iba al club Naxos. Le llamaron y le dijeron lo que tenía que hacer. Se llegaría a la casa de los Anders, le pediría al tío de la chica la valija con el dinero y lo colocaría en el portaequipajes dejando este abierto. Inmediatamente tendría que ponerse en camino hacia Rockville. Debía atender a las señales de luces y no llevar una velocidad superior a la reglamentaria —soltó una risita—. No querían que un coche patrullero les deshiciese el plan. Al llegar a Rockville debía detenerse en la estación de servicio que hay al sur, en el camino a Oceanside. Rooney tenía que entrar allí y pedir algo en el mostrador. Debía permanecer dentro por espacio de diez minutos. Le advirtieron que lo estarían vigilando y que no debía hacer nada. Al cabo de otros diez minutos saldría y se iría a su casa.

El teniente se interrumpió apretándose el puente de la nariz.

—¿Qué te parece?

—Siempre supuse que eran unos chicos muy listos.

—Sabían que habíamos interferido el teléfono de Anders y el de Rooney. Llamaron dos veces a Anders diciéndole qué rescate debía pagar y en qué clase de billetes, y luego pusieron el cebo, diciendo que Anders volvería a recibir noticias acerca de la forma en que tenía que entregar el dinero —rió sarcásticamente—. Y nosotros estábamos esperando la llamada y era el propio Rooney quien la recibía en el club. Infiernos, pasó por delante de nuestros chicos y ellos tomaron la fotografía correspondiente. Teníamos frente a la casa ocho hombres que estaban dispuestos a no dejar pasar ni al repartidor de telegramas... ¡Y fue justamente Rooney!

—¿Qué opina ahora el capitán?

—Lo dejé en compañía de Rooney. O'Connor opina que puede ser el jefe de la banda.

—Rooney, ¿eh?

—¿Por qué no? Ya sé que fue él quien nos dio el aviso de que habían secuestrado a la muchacha, pero quizá pensó que eso sería su mejor coartada. Además, hemos investigado acerca de él. Su fábrica está trabajando con pérdidas. Si siguen así las cosas, dentro de un par de meses tendrá que cerrar.

—¿Cómo ha explicado su obediencia a los secuestradores para sacar el dinero de la casa de Anders?

—Quiere mucho a Lucy Anders, como si fuese su padre, y no estaba dispuesto a conseguir que por su culpa muriera ella.

—Muy enternecedor.

—Hemos dejado un par de hombres en casa de Anders.

—¿Para hacerle aire?

—Deja el cinismo para otra ocasión. Anders sigue esperando que ellos le devuelvan a su sobrina y exigió del capitán que le dejase unos cuantos hombres por si le dicen el lugar donde tienen que ir por ella. También ha llamado a un doctor para el caso de que la chica necesite auxilios médicos.

Encendí un cigarrillo.

—Gracias por tus informes, Bill —largué un bostezo—. Creo que me voy a ir a la cama.

Sentí que me estaba mirando fijamente.

—¿Es que te vas a quedar ahí quieto, Stewart?

—Es la mejor posición, si tenemos en cuenta que tu capitán me amenaza con suspenderme la licencia.

—¡Al diablo con eso! Es tu oportunidad.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿O'Connor?

—Lo digo yo.

—Siempre fuiste un buen chico, pero tú lo acabas de decir también, teniente. Todo ha resultado un fracaso.

Oí nuevos pasos por el corredor. Tenía la impresión de que allí yo estaba celebrando una fiesta. Alcancé la pistola cuando la puerta de la sala de visitas se abría.

Otra sombra apareció tras el cristal esmerilado.

El teniente Coleman se encogió en el sillón.

—¿Quién es, Stewart? —susurró.

—Cállate —le dije.

La sombra fue alargándose. Identifiqué perfectamente la pistola que mi visitante esgrimía con la mano derecha.

La puerta se abrió de golpe.

CAPÍTULO IX

Louis Anders se nos quedó mirando parpadeante.

—Hola, señor Grey... ¿Cómo está, teniente?

Le señalé su mano armada con mí «*Parabellum*».

—Guarda eso, hijo, te puedes hacer daño.

Enrojeció las mejillas, pero guardó la pistola en el bolsillo de la chaqueta. Luego cerró la puerta y dijo, tras una pausa embarazosa:

—¿Lo sabe todo, señor Grey?

—Sí, me lo ha contado el teniente.

—Siento no haberle servido de ayuda, pero yo no pude suponer que el señor Rooney...

—Lo sé, hijo, no tienes por qué preocuparte.

—Naturalmente, quiero que usted siga adelante, Grey, y mantengo en pie mi oferta.

El teniente Coleman hizo una mueca muy fea, mientras me señalaba con el dedo índice:

—Conque estabas al margen de todo, ¿eh...? ¡Maldita sea! ¿Por qué para variar no me dices de una vez la verdad?

—Son más de las nueve, Bill. No escandalices.

Coleman fue a soltar una obscenidad, pero en última instancia escupió un gruñido y cogióse la cabeza con las manos.

Louis Anders carraspeó suavemente.

—¿Qué es lo que va a hacer ahora, Grey?

—Es posible que vaya a casa a darme una ducha —miré la botella—. O quizá me decida por emborracharme... No lo sé todavía.

Coleman rió sarcásticamente.

—¿No lo sabía, señor Anders...? Ahí tiene a Stewart Grey, el mejor detective de la ciudad... El único honrado de su profesión... Nunca se equivoca... Siempre engaña en beneficio del cliente. Vino justo donde debía, señor Anders... Stewart Grey le resolverá su

papeleta. No hay nadie como él cuando se trata de ganarle la partida a unos delincuentes.

Yo sé lo que quería lograr Coleman con su discurso. Estaba hiriendo mi amor propio. Sólo pretendía que yo saliese de aquel despacho y que regresase al cabo de una hora o dos trayendo detenidos a los secuestradores. Era así de ingenuo.

De pronto sonó el teléfono y alcancé el auricular.

—¿Quién es? —pregunté.

—Aquí George Bond, chico. Llamé al teléfono de tu fulana, pero ya te habías ido.

—Un día de éstos te voy a enseñar cómo tratar a las damas, chico.

Se echó a reír con su risa de conejo.

—Tengo grandes cosas para ti, Stewart.

—Está bien. Escucho.

—Son trescientos pavos.

—Cuéntaselo a tu abuela.

—Trescientos. Ni uno menos.

—Quedamos en cien si rendías.

—Yo no me imaginaba que iba a tener tanta suerte. Se trata de la madriguera, Stewart. Al Johnson dio con ella.

—Ya no te acuerdas de que Al es un timador.

—Estafaría a cualquiera, pero no a mí.

—Muy bien, George. Abre el grifo y, si la cosa lo vale, quizá me anime a hacer el trato.

—¿Es tu palabra, Stewart?

—Cuenta con ella.

—De acuerdo. Ahí va. ¿Conoces la parte de Kings Point?

—Sí.

—¿Sadle Rock?

—He ido alguna vez por allí.

—Hay muchas barcazas en el estuario, ya sabes, las utilizan al mismo tiempo como viviendas. Están en la séptima empezando a contar por el principio del golfo.

—¿Cómo está tan seguro Al?

—Llegó hasta allí siguiendo al tipo guapo.

—¿Cuántos hay?

—Al vio a dos. No se atrevió a acercarse mucho por temor a que

lo descubriesen.

—¿Es eso todo?

—Infiernos, ¿te parece poco...? Te hemos hecho el trabajo, chico.

—Muy bien, George.

—¡Eh, espera! Quiero que te pases por lo de Lake. Yo estaré allí. Llévame los trescientos.

—Te los daré mañana.

—¡Y un cuerno! Mañana tú puedes estar entre las algas.

—Sabes que sé cuidarme.

Empezó a protestar y colgué.

Coleman me estaba mirando con ojos fruncidos. No había perdido palabra de lo que yo había dicho.

—¿Quién era, Stewart? —preguntó.

—Un tipo que me acaba de dar un soplo para la tercera de Jamaica.

—¿Cuál es el caballo?

—«Yonker Daily».

Se sacó rápidamente un diario del bolsillo, lo desdobló y lo volvió a doblar por otra hoja. Buscó con el dedo índice durante un rato y por último me miró.

—En la tercera no corre ningún «Yonker Daily».

—Habrá entrado a substituir a cualquiera de los que iban a correr. ¿No es ésa la costumbre cuando un caballo se pone enfermo?

Empecé a caminar hacia la puerta y Coleman gritó:

—¡Eh, espera, Stewart!

Púsose un zapato y yo empecé a correr. Bajé en el ascensor y seguí apretando el paso hasta la calle. Cuando puse en marcha el motor, Coleman no había aparecido aún en la puerta.

Escapé de allí apretando el acelerador a fondo.

Tiré por Queen Midtown y luego doblé por Flushing Bay, camino de Lake Success, para luego doblar hacia el norte.

Soplaba una brisa fresca cuando llegaba a Sadle Rock.

Vi las barcas a lo lejos. Detuve el coche al costado de una casa. Oía música mezclada con unos cuantos gritos. Entré en un bar donde dos hombres se estaban zurrando ante la pasividad de los restantes clientes. Eran dos tipos grandullones con la cara llena de cicatrices.

—¿Qué va a tomar? —me preguntó un tipo gordo que había detrás del mostrador.

—Ginebra —dije, pensando que su *whisky* sería malo.

Pero la ginebra también lo era.

Uno de los tipos logró tumbar al otro y se vino hacia el mostrador, recibiendo palmadas amistosas de los hombres que se encontraba a su paso. Llegó a mi lado y se me quedó mirando.

—Tenía que haber visto el de ayer —dijo—. Me duró un minuto justo.

Hizo una señal al tipo gordo para que le sirviese y luego me miró con más atención.

—¿Quiere que le rompa la cara a algún amigo suyo por cuenta de usted?

—Me llevo bien con todos.

—Tengo una tarifa económica. Solamente tendría que pagar cinco dólares, más los gastos de desplazamiento.

—Lo tendré en cuenta.

—Mi nombre es Spencer Bryson, y me encontrará aquí todas las noches.

—¿En qué trabaja cuando no se dedica a pegar golpes?

Me miró ofendido.

—Yo soy un artista, amigo. ¿Quiere que le haga una demostración? Conozco todas las llaves. Me pasé cinco años recorriendo el país como primera figura de la lucha libre. ¿Oyó alguna vez hablar de *La Pantera Siniestra*?

—Sí —le mentí.

—Soy yo —dijo sonriendo, tocándose el pecho con el dedo pulgar.

—Sí, ahora creo que lo recuerdo, fue un tipo muy famoso.

—Volveré a serlo en cuanto me den una oportunidad.

—¿Vive por aquí, Bryson?

—Sí.

—¿En las barcasas?

—No, en una casa de aquí detrás. ¿Busca a alguien?

Le sonreí.

—Vi el otro día por estos andurriales a una rubia de muy buena planta. La seguí con el coche, pero se me perdió en el laberinto de callejones... Desde entonces vengo por aquí cuando tengo un rato

libre... Hoy me tocó este sector.

—¿Cómo es? —preguntó.

—Unos veinte años y, como le dije tiene un tipo estupendo. También es muy mona de cara.

Se mordió el labio inferior mientras permanecía pensativo. Luego sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, creo que no la he visto. Una chica como esa que usted dice no se olvida fácilmente.

—Sí, es lo que me pasó a mí. Bueno, Bryson, si lo necesito, ya sé dónde encontrarlo. Le dejo pagada una copa.

—Gracias, míster. En cuanto le eché la vista encima, supe que usted era un gran tipo.

Aboné el importe de la ginebra, agregando el de un vaso de *whisky* y la correspondiente propina, y abandoné el local.

Ya en la calle encendí un cigarrillo y me puse a andar hacia las barcas. No quise acercarme mucho a la orilla y seguí avanzando entre las sombras. Al cabo de veinte minutos llegué al final del estuario. Observé la séptima barcaza. En el interior la luz estaba encendida.

Arrojé la punta del cigarrillo al suelo. Sólo veía una forma de solucionar todo aquello y era dando la cara. Me desabroché la chaqueta para poder llegar fácilmente a la «*Parabellum*» y crucé por el puente que unía a la barca con la tierra.

Entré en la barca y de pronto se abrió la puerta que tenía enfrente. En el hueco vi a un fulano de pecho enorme que se cubría con un jersey a rayas. Su cara era ancha, de ojos muy separados.

Traté de ver lo que había detrás de él, pero su corpachón me lo impedía.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó con voz agria.

—Busco a Harry Wells.

—No vive aquí, ni siquiera sé a quién se refiere.

—Es inútil que mienta, compañero. Lo vi entrar hace un rato.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

Entre los dos se hizo una pausa. Su mano estaba pegada al cinturón, y sacó una navaja del resorte. Apretó éste y la hoja de acero brilló como si fuese de plata.

—Empezaremos otra vez, míster —dijo—. ¿Qué es lo que

quiere?

—Ver a Harry Wells. Sé que entró aquí hace un rato.

Desfiguró la boca enseñando los dientes.

—Se aprendió demasiado bien la respuesta. Ahora le voy a dar un consejo. Dé media vuelta y aléjese de aquí como si hubiese visto al diablo.

No me moví.

El tipo apretó la mano con que esgrimía el cuchillo y adelantó un paso hacia mí.

Yo estaba listo para sacar la pistola cuando de pronto llegó una voz desde la puerta.

—Déjalo, Floyd.

Floyd se apartó y entonces pude ver a Harry Wells. Estaba muy elegante con su traje oscuro, la camisa negra y la corbata blanca. Era el mismísimo «Pepe le Moko», el negro cabello le chorreaba brillantina.

—Caramba, Grey. Sí que es una sorpresa —sonrió.

—Hola, Wells.

—He oído que me buscaba.

—Sí, pero Floyd se empeñó en que ni siquiera lo conocía.

—Floyd se atiene a mis instrucciones. No me gusta que me molesten —hizo una pausa—. ¿Cómo llegó hasta aquí, Grey?

Encogí un hombro.

—Uno se las arregla siempre para estar donde debe.

—¿Y usted cree que debe estar aquí?

—Es justo el lugar.

—Siento que haya perdido su tiempo siguiéndome —rió—. Sólo vine para jugar una partida de naipes. Una vez a la semana tengo una reunión con tres o cuatro amigos.

—¿A qué juegan?

—Al póquer.

—Me gustaría echar unas manos.

—Puede resultarle demasiado caro.

—Sería mi dinero.

Sobrevino un gran silencio. Floyd seguía mostrando el cuchillo en la diestra y tenía los ojos fijos en Harry Wells, a la espera de una señal de éste para rajarme la barriga.

Harry se pellizcó la barbilla sin dejar de sonreír.

—Muy bien, Grey. Creo que voy a aceptar.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y miré a Floyd.

—Anda, guarda ya esa navaja.

Pero Floyd no obedeció.

—Haz lo que te dice —ordenó Harry.

Floyd hizo desaparecer la hoja y finalmente la guardó en el cinturón.

Harry Wells retrocedía para dejarme paso.

Entré en una habitación donde había otros dos hombres. Uno era muy delgado, de sienes hundidas y mentón puntiagudo. El otro era muy rubio y sus cejas parecía que habían sido blanqueadas.

Harry me presentó.

—Éste es Stewart Grey, muchachos. Quizá hayáis oído hablar de él. Se busca jaleos como detective privado. Stewart, te presento a Yellow y a Silver.

Yellow era el de las sienes hundidas y, efectivamente, el color de su rostro era muy pálido, casi amarillo, y Silver era el de las cejas color de la plata.

Tal como Harry había anunciado, sobre la mesa había un mazo de naipes y cada uno tenía delante un montón de dinero.

—Siéntese, Grey —dijo Harry, señalando una silla libre.

Observé una puerta que había al fondo y elegí una silla desde la que pudiera ver si salía alguien por allí. Quería evitar que me trinchasen por la espalda.

Harry se sentó a mi lado, pero Floyd quedó de pie junto a la puerta de salida.

—¿No juega él? —pregunté señalando al gigante.

—No, a Floyd no le gusta.

Silver cogió el mazo de naipes y se puso a barajarlo.

—Es a «por» continuo —anunció Harry—. A dólar por cabeza. Quizá resulte excesivo para usted.

Saqué un fajo de billetes del bolsillo y los puse delante.

Jugamos cinco manos al cabo de las cuales, yo había perdido veinte dólares. A la sexta mano, después de ver la pareja de reinas que me había tocado en suerte, pregunté con voz monótona:

—¿Por qué engañó a Sue, Harry?

Lo miré a la cara y vi cómo se quedaba muy serio.

—¿Quién es Sue? —preguntó.

—No hace falta que siga la comedia, Harry. Sue es Winnie.

—Vaya. No sé por qué la gente tiene la costumbre de cambiarse de nombre.

—Jimmy Scott se asoció a usted con dos mil dólares y de pronto no se ha sabido más de él.

Habíamos suspendido el juego. Los cuatro hombres estaban pendientes de mí.

Me preparé para el caso de que Floyd se me abalanzase por detrás.

Harry distendió los labios en una sonrisa.

—Usted es un entrometido, Grey. Pero todavía está a tiempo de salir con bien.

—¿Qué debo hacer?

—Márchese. Eso es lo que tiene que hacer.

Yo también reí porque, era mi turno.

—Conozco su historia, Harry. Se rompió una pierna mientras tomaba parte en una carrera de bólicos y los doctores le dijeron que debía permanecer quieto durante una temporada. Esto le colocó al borde de la ruina. Debía conformarse con su taller de reparación de coches deportivos, pero quizá no sacaba bastante y decidió meterse en algo sonado que le pudiese proporcionar una buena bolsa.

—¿En qué, por ejemplo?

—Primero echó mano a los dos mil dólares del muchacho y cuando agotó el último centavo, tuvo otra idea.

—¿Cuál?

—Secuestro.

Hubo un gran silencio. Daban la impresión de estar hipnotizados.

Harry se echó sobre el respaldo de la silla.

—He conocido a tipos fantásticos, Grey. Pero le juro que usted les gana a todos. Se lo digo yo.

—Reunió a la pandilla de tipos y se puso manos a la obra. Naturalmente, uno de los miembros es el hermano de Sue.

—Siga contando, abuelito —dijo Harry.

Floyd estalló desde la puerta:

—¿Por qué hemos de escucharle más? Terminemos de una vez con él.

Harry lo miró con ojos vidriosos.

—Cállate, Floyd.

—¿Por qué he de callarme? ¡Es un maldito sabueso! Y ya sabéis vosotros cómo los odio... Por culpa de uno de ellos, mi hermano fue a parar a la silla eléctrica.

—¡Cállate! —gritó Harry golpeando la mesa con el puño.

Hubo un silencio tan sólo interrumpido por los jadeos de Floyd.

Harry se pasó una mano por la boca.

—Continúe, Grey. Su historia es muy interesante. ¿A quién secuestramos?

—A Lucy Anders.

Soltó una fuerte risotada y hasta las lágrimas le saltaron a los ojos. Pero sus compañeros continuaron serios.

—Lucy Anders —repitió Harry—. ¿Sabéis quién es, chicos? Una de esas mujeres podridas de dinero. Y según dice el bueno de Grey, nosotros la raptamos. Hasta es posible que nos diga cuánto hemos cobrado por el rescate... Anda, atrévete, detective.

—Medio millón.

Harry rió otra vez.

—¡Quinientos mil dólares, muchachos! ¡Ya somos ricos!

—Quiero a la chica, Harry —dije.

Dejó de reír de pronto.

—Quiere a Lucy Anders, ¿eh?

—Sí.

—¿Y tú crees que nosotros la tenemos?

—Por ello he venido.

—Muy bien, Grey. Si está aquí no hay inconveniente que te la lleves... Anda, búscala.

Permanecí inmóvil.

—¿No me oyes? —dijo Harry—. Te digo que la puedes buscar, tienes nuestro permiso.

Me puse en pie dejando los naipes sobre la mesa. De pronto oí un ruido por detrás y me volví rápidamente.

CAPÍTULO X

Floyd se abalanzó sobre mí, pretendiendo cogerme por el cuello. Dejó al descubierto su enorme estómago y le golpeé dura y secamente. Luego, sin darle tiempo a reaccionar, le pegué un zurdazo en el mentón. Retrocedió lanzando un aullido y estrelló las espaldas contra la pared. Por unos instantes pareció que la barca se iba a ir a pique.

Floyd se derrumbó lentamente en el suelo y quedó con la barbilla hundida en el pecho.

Me había olvidado de Harry y de los demás y giré sobre mis talones. Permanecían quietos, observándome, y ninguno de ellos tenía un arma en la mano.

Harry sacudió la cabeza.

—Le ha dado su merecido, Grey.

No me gustaba nada aquello. Absolutamente nada. Harry Wells se había puesto demasiado razonable. Eso era lo que me inquietaba. El tono de su voz, su seguridad, las facilidades que me quería dar para que yo realizase mi trabajo.

—No se detenga por nosotros, Grey —dijo—. Busque por todos los rincones.

Titubeé unos instantes y finalmente me dirigí hacia la puerta que había estado observando, mientras jugaba.

La abrí de golpe y miré al interior. Era un dormitorio donde había dos camas. Todo estaba limpio y cuidado. Esperé percibir algún perfume femenino, pero sólo olí a mar.

—Miré por debajo de las camas. No encontré siquiera un par de zapatos.

Regresé a la sala donde estaban los tipos.

Floyd empezaba a moverse. Harry, Yellow y Silver continuaban inmóviles alrededor de la mesa. Descubrí otra pequeña puerta y la abrí sin esperar a que Harry me lo dijese. Allí había una cocina y

nada más. Tenía una salida y cuando crucé al otro lado me encontré en la parte posterior de la barca. Sobre cubierta había dos sillones de mimbre y una hamaca. Me asomé por el borde hacia el agua y así fui hasta proa. Llegué al puente sin encontrar nada, regresé a popa y entré por la cocina en la sala.

Floyd ya estaba de pie y me dirigió una mirada cargada de odio.

Harry Wells volvió las palmas de la mano sobre la mesa.

—¿Encontró algo, Grey?

—Nada.

—Mire qué lástima. ¿Lo oyen, muchachos? Acabamos de perder medio millón de dólares.

Nadie le rió el chiste.

Eché a andar hacia la puerta y Floyd apretó los puños.

—Déjalo ya, Floyd —dijo Harry—. O te convertirá en puré.

—Fue casualidad —repuso Floyd—. Deja que le pase una mano y te juro que va a llamar a su mamá.

Me volví hacia Harry.

—De acuerdo, Wells. Yo estaba equivocado.

—Claro que lo estaba. Ya se lo dije al principio, pero no le quise decepcionar y le advierto otra cosa, Grey... El hermano de Winnie o de Sue, como quiera llamarla, nunca llegó a mi negocio... Es cierto que hablé con él en Newport, pero desde entonces no lo he vuelto a ver.

—Seguro, Harry.

—Si alguna otra vez necesita de mí, no tiene más que decirlo.

Hice un saludo con la mano y abandoné la barca.

Floyd me acompañó hasta el puente.

—Óigame, maldito —dijo, poniéndome la mano en el hombro.

Me volví enviándole el puño a la cara.

Él estaba esperando esa oportunidad. Burló el golpe y me pegó con el filo de la mano en la clavícula. Sentí un fuerte dolor y me agaché unas pulgadas. Floyd se estaba riendo y el muy estúpido no se daba cuenta de que yo estaba ahora en una posición ventajosa.

Mi zurda cruzó el aire como un cohete y tropezó con su maxilar inferior. El tipo se fue dando vueltas por la barca y finalmente cayó por la borda, estrellándose en el agua.

Silver había sido testigo de la escena, porque estaba en el hueco de la puerta.

La voz de Harry llegó desde dentro.

—¿Qué ha sido eso?

Silver dobló la cabeza para contestar:

—Floyd quiso pegarle, pero el detective lo ha vuelto a tumbar...

Ahora Floyd se está bebiendo toda el agua del océano.

—¡Qué se ahogue, maldito sea!

Crucé el puente y pisé tierra firme. Me encaminé adonde había dejado mi coche soltando una retahíla de imprecaciones.

Al pasar frente al bar decidí entrar para beber un vaso de *whisky*. La clavícula me dolía mucho.

Spencer Bryson seguía allí y se me acercó sonriendo.

—Infiernos, ha tenido usted suerte.

—¿Tú crees, Bryson?

Hice señal al mozo para que pusiese dos vasos.

—Después de irse usted, llegó un tipo que vio a la rubia.

—¿Dónde está?

—Ahora mismo se lo traigo —repuso, pero antes de alejarse bebió de un trago el contenido de su vaso.

Al cabo de unos momentos regresó del fondo del salón, en compañía de un pequeñajo de nariz afilada y hocico muy saliente. Bryson me lo presentó:

—Éste es Upsala *el Ratón*.

—Ratón para los amigos —dijo Upsala, estrechando mi mano.

Se cubría con una chaqueta que le hubiese caído bien a un hombre doble grueso que él.

Le dije al mozo que pusiese otro vaso y bebimos y encendimos cigarrillos.

Bryson pegó en la espalda de Ratón y estuvo a punto de arrojarlo al suelo.

Ratón me miró con sus ojillos e hizo un gesto afirmativo.

—Sí, míster. La vi.

—¿Dónde y cuándo?

—Hace dos días, más o menos a estas horas. Fue unas casas más arriba —se dirigió a Bryson—. En la de Lola.

—La conozco —me dijo Bryson.

Ratón hizo chasquear la lengua.

—La rubia no iba sola. La acompañaba un muchacho.

—¿Has vuelto a ver a alguno de los dos?

—No.

Saqué un fajo de billetes y aparté uno de cinco dólares que alargué a Ratón, el cual se lo quedó mirando como si fuese una reliquia.

Lo guardó en el bolsillo, hizo un saludo precipitado y se marchó por la puerta casi sin levantar los pies.

Miré a Bryson.

—¿Crees que ha dicho la verdad?

La antigua Pantera Sinistra se rascó el cogote.

—Ratón tiene fama de cuentista. Ahora que lo pienso, es posible que le haya querido sacar unos cuantos dólares. ¡Maldito sea...! Le voy a romper todos los huesos.

Hizo ademán de echar a correr tras Ratón, pero yo lo cogí por un brazo.

—Déjalo, Bryson.

—Se le llevó cinco machacantes.

—Probaremos a ver si ha dicho la verdad.

Pagué la consumición y salimos a la calle. Bryson se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared. Me quedé mirándolo y él soltó una risita.

—Siempre me pasa lo mismo cuando salgo a la calle. El aire me emborracha. ¿Qué le parece...? El aire.

Tiré la punta del cigarrillo al suelo y la aplasté con el tacón del zapato.

—Tengo mucha prisa, Bryson.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se enderezó de nuevo, echando a andar hacia el frente. Yo me puse a su lado. Nos detuvimos a unas doscientas yardas del bar ante una casa que estaba envuelta en la oscuridad.

—Es aquí —dijo Bryson—. Va a conocer a Lola... —Metió el puño por entre unos barrotes y golpeó fuerte en una ventana que no tenía cristales.

No llegó ninguna respuesta y el exboxeador golpeó ahora con más fuerza.

Del interior de la casa llegó el crujir de un somier y luego una voz agria, preguntó:

—¿Quién es el cerdo?

—Abre, Lola —dijo Bryson—. Soy Spencer.

—¡Vete al infierno!

—¡Maldita sea! —rugió la Pantera—. ¡Abre si no quieres que te eche la casa abajo!

—Está bien. Espera.

Transcurrieron un par de minutos. Finalmente se abrió la puerta y un raudal de luz llegó a la calle. Lola estaba por los cuarenta años. Se cubría con un batín desteñido, su castaño cabello aparecía en desorden y del labio le colgaba un cigarrillo recién encendido.

—Hola, preciosa —dijo Bryson y le pegó en la cadera con la palma de la mano.

Lola me estaba mirando a mí.

Bryson la empujó hacia dentro y me hizo una señal para que entrase.

Al fondo había una escalera y a la derecha una puerta por la que entramos. Yo cerré ésta y vi cómo Lola cogía dos vasos y una botella de un aparador. Hizo ademán de ponerme un vaso delante, pero rechacé la invitación. Ellos bebieron y luego, Lola preguntó:

—¿De qué se trata?

—De la rubia y del muchacho que tienes arriba —dijo Bryson.

—¿Una rubia y un muchacho...? Tú estás loco... Tengo la habitación desocupada desde que se marchó Pitt *el Grande*.

Bryson sonrió, aclarándose:

—Pitt *el Grande* era su marido. Se le fugó con otra.

Lola enseñó los dientes.

—¿Por qué tienes que contarlo? A nadie le importa lo que a mí me pasa... Pitt era demasiado hombre... Me lo advirtió Susan... Un día me dijo: «Ten cuidado, Lola. Pitt *el Grande* es demasiado hombre».

Fue a servirse en, el vaso, pero comprobó que éste era demasiado pequeño y finalmente levantó la botella y se atizó un trago.

Bryson había entrecerrado los ojos.

—¿La oye, míster? No hay nadie y eso quiere decir que Ratón es un condenado embustero... Pero no se preocupe, lo mataré, le juro que lo mataré, y va a ser ahora mismo.

Dio media vuelta y salió de la habitación, andando muy aprisa. Lola y yo quedamos a solas.

—¿No se va usted? —dijo ella.

—Nunca me he conformado con lo que me dicen. Me gusta cerciorarme por mí mismo. Deme la llave.

—¿Qué llave?

—La que abre la puerta de arriba.

—Le digo que no hay nadie.

—Déjeme comprobarlo a mí. No pierde nada. Todo lo contrario. Va a ganar.

Saqué otros cinco dólares y los eché sobre la mesa.

Lola miró los billetes y dio un suspiro cogiéndolos. Luego se acercó al aparador, tiró de un cajón y sacó una llave que me arrojó. Yo la cacé y dije:

—Gracias.

—¿Está casado? —preguntó Lola.

—No.

—Hace bien. Así no le dará un mal rato a ella. Usted se parece mucho a Pitt.

Salí de la habitación y empecé a ascender la escalera. Al llegar arriba me encontré ante una puerta y metí la llave en el ojo de la cerradura, conteniendo el resuello. Abrí la puerta y se produjo un pequeño crujido. El interior estaba vacío. Di la vuelta al conmutador de la luz y aparté unas cortinas. Sobre un diván había un muchacho que acababa de despertar. Se me quedó mirando y de pronto metió la mano en la almohada y sacó una pistola. Fue a disparar contra mí, pero yo anduve muy rápido y le pegué en la muñeca con el filo de la mano. El muchacho lanzó un gemido de dolor al tiempo que dejaba caer la pistola al suelo.

De pronto se arrojó sobre mis piernas y trató de morderme en el muslo. Le golpeé en la cara, alejándolo de mí. Su cabeza chocó contra la pared.

Se quedóme mirando con los ojos muy abiertos y casi estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿Qué quiere?

—¿Dónde está ella?

—No sé de qué me habla. Nunca lo he visto a usted antes de ahora. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

Me agaché para recoger la pistola que había en el suelo y vi su intención de soltarme una patada en la cara, pero levanté la zurda y lo cogí por el tobillo, apretándoselo fuertemente. Lanzó un aullido

de dolor mientras alzaba la cara al techo.

Dijo una palabra soez y retrocedí hacia una puerta que había a la derecha. Me pegué a la pared porque no quería que me agujereasen y abrí la puerta de golpe. La habitación también estaba a oscuras. Escuché un rato sin oír ningún ruido.

El muchacho gritó:

—¿Es que se ha vuelto loco?

Asomé la cabeza mirando hacia el interior del cuarto. Era un dormitorio. La cama estaba deshecha, pero no había nadie. Contra la pared vi un lavabo. No observé ninguna otra puerta, ningún armario empotrado.

Me volví hacia el chico.

—Muy bien, Jimmy Scott. Ahora lo vas a contar todo.

Se quedó perplejo.

—Mi nombré, no es Jimmy Scott.

—¿No? ¿Quién eres ahora? ¿Marlon Brando, quizá?

—Usted está chiflado.

—Mira, muchacho, debería echarte los dientes abajo, pero sólo te libra una cosa. Tu hermanita.

Sus ojos reverberaron furiosos.

—¿Por qué no me dejan todos en paz...? Soy mayor de edad y puedo hacer lo que quiera.

—Sólo eres un mocoso y por añadidura, estúpido. Eso es lo que eres, Jimmy Scott, un estúpido mocoso —le apunté con el dedo índice—. Es tu última oportunidad, Jim. Aprovéchala. Vas a escupirlo todo, o te juro que te vas a acordar de mí mientras vivas.

Se dio cuenta de que yo estaba hablando en serio.

—¿Es de la policía? —preguntó.

—Sólo un detective privado, Stewart Grey.

—¿Y quién le mandó meterse en esto, maldito sabueso?

Me fui hacia él con la intención de abofetearlo. De pronto se apagó la luz.

Brilló un fogonazo y me arrojé al suelo.

Jimmy Scott lanzó un grito y sentí cómo su cabeza golpeaba otra vez contra la pared. Me revolví listo para disparar, pero en eso, el asesino echó a correr. Me puse en pie y avancé hacia el *hall*. La llave crujió en la cerradura y luego, los pasos empezaron a bajar por la escalera. Puse la mano en el tirador, pero la puerta no obedeció a

mi impulso, porque nos habían encerrado desde fuera. Retrocedí unos pasos y cargué contra la puerta, pero resistió mi embate.

Lancé una retahíla de maldiciones.

A la segunda vez, tampoco pude con ella. Finalmente, la hoja saltó violentamente y yo me fui contra la baranda.

Bajé muy aprisa y de pronto me detuve viendo unos pies que asomaban por el apartamento de Lola. Era ella y estaba tendida en el suelo. Vi un charco de sangre junto a su cabeza. Le puse la mano en el corazón, pero éste ya había dejado de latir. Le habían golpeado demasiado fuerte en el cráneo.

CAPÍTULO XI

Me asomé a la calle, pero la vi oscura y silenciosa. Rápidamente, subí otra vez al cuarto donde se encontraba Jim Scott. Di la vuelta al conmutador de la luz y penetré en la estancia. Jimmy estaba tendido en el suelo boca abajo. Le di la vuelta y vi la herida que tenía en el hombro, casi a la altura del pecho. Era un agujero muy feo y si no tenía suerte, por él se le iría la vida.

Le hice una compresa para cortarle la hemorragia y luego busqué un teléfono por toda la casa, pero no lo encontré.

Recorrí rápidamente la distancia que me separaba del bar. Bryson no estaba allí, pero observé al fondo una cabina telefónica. Me metí en ella y llamé a un hospital diciendo que un hombre había resultado gravemente herido con un arma de fuego. Di la dirección donde lo podrían encontrar, e inmediatamente salí a la calle.

Encendí un cigarrillo y quedé un rato pensativo.

Finalmente, me dirigí otra vez a la barcaza donde se encontraban Harry Wells y sus compañeros. Ya estaba muy cerca cuando oí de pronto el rugido de una lancha a motor. Le pegué a las piernas y crucé el puente como una exhalación.

De pronto, mi pie tropezó en algo y me vine abajo.

Brillaron dos fogonazos y las balas silbaron por encima de mí. Sólo me había librado de la muerte gracias a mi caída. Estaba aturdido, pero observé perfectamente que me habían disparado desde la embarcación que se alejaba.

Quedé sentado en el suelo nombrando a toda la parentela de los tipos que habían intentado asesinarme.

De pronto oí una voz cerca:

—¿Qué pasa ahí?

Volví la cabeza y vi a un tipo que esgrimía una pistola.

—Quédese quieto —ordenó.

La luna apareció por entre dos nubes y pude ver la cara del

hombre. Era un viejo de unos sesenta años.

—Aparte el chisme, abuelo —le dije.

—Se va a quedar ahí hasta que llegue la policía.

—Oiga, amigo, soy un detective privado y voy a la caza de una pandilla de *gangsters*, justamente los que han escapado en esa lancha motora.

Se quedó indeciso, mirándome.

Dejé caer mi pistola y saqué la cartera enseñándole la credencial.

La tomó con su mano libre y observóla unos segundos.

—Muy bien —dijo—. Pero eso no va conmigo.

—¿No tiene por ahí un bote para seguir a esa gentuza?

—Lo tengo, pero usted y yo no nos vamos a mover de aquí.

—Escuche, abuelo. En esa lancha que se acaba de marchar, van quinientos mil dólares.

—Usted apesta a *whisky*.

—Le juro que es cierto. Se ganará trescientos dólares que yo le daré si nos ponemos en camino ahora mismo. Si lo duda un minuto, será demasiado tarde.

Se masajeó el mentón reflexivo.

—¿Ha dicho trescientos dólares?

Saqué todo el dinero que me quedaba en el bolsillo.

—Ahí tiene cien a cuenta. Pero dese prisa.

Miró el dinero y acabó por decidirse.

—Vamos, sígame.

Fuimos tres barcas más arriba. Junto a la proa había un bote con motor fuera borda.

—¿Corre este bicho? —pregunté.

—Más que un cazatorpedos.

—Nos cobraron una buena delantera, viejo. Apriétele fuerte.

Salimos con tanta fuerza que estuve a punto de caer por la popa.

La luna volvió a quedar cubierta y eso fue muy malo para nosotros.

—No sabemos hacia dónde fueron —comenté.

—Déjelo, es cuenta mía —dijo el viejo—. Estoy seguro de que saldrán a la bahía.

Cruzamos el estuario en cinco minutos, sin que viésemos rastro de los fulanos.

—Mi nombre es Munsen, señor Grey.

—¿A quién pertenece la barcaza en que usted me encontró?

—A Joe Kissena. También le llaman Silver por sus sienes plateadas.

—Ya lo conozco. ¿Qué más puede decirme de él?

—Muy poco. Compró la barcaza hace un mes. Intenté pegar hebra con él, pero el muchacho no quiso mi amistad.

—¿Vio a los demás?

—No.

—¿Y a una mujer rubia?

—No, no la vi. Y si no se calla ahora, no podré dar con la pandilla.

Emití un gruñido de asentimiento.

De pronto se echó a reír.

—Ya los oigo —dijo.

Presté atención, pero yo no oí nada.

—¿Por dónde? —inquirí.

—Van hacia Pelha Manor.

Pensé si estaría chiflado. Seguía sin oír nada.

Transcurrieron otros diez minutos. En la orilla izquierda se veían muchas luces.

Nos cruzamos con un yate en el que estaban corriendo una gran juerga a juzgar por los gritos de las mujeres y el ruido de la música.

Expresé mi temor.

—¿Y si montan en uno de estos yates?

—Hasta ahora no lo han hecho. Sigo oyéndoles.

Guardamos otro silencio y al cabo de un rato, él dijo:

—Han pasado de largo por Pelha Manor.

—¿Hacia dónde van ahora?

—Seguro que se meten en Larchmont Harbor. ¿Quiere que nos acerquemos más? Allí hay muchos refugios y si desembarcan, le será muy difícil echarles el guante.

—Está bien, adelante.

Mi impresión era la de que Munsen no estaba en sus cabales. ¿Qué podía hacer de todas formas? Había perdido completamente la partida.

De pronto oí un motor que no era el nuestro.

—Ahí los tiene —murmuró el viejo.

Vi ante nosotros, muy lejos, una luz. Infiernos, todo el tiempo había estado diciendo la verdad.

—No se acerque más —dije.

—Ahora entramos en Larchmont Harbor. A la derecha tiene la punta de Long Beach.

Pasamos muy cerca del cabo y la lancha de la pandilla siguió hacia la parte más profunda de la bahía. Ahora se veían muy pocas luces.

—Será mejor que nos detengamos —dijo Munsen—. Ya no pueden escapar.

—Está bien, abuelo. Usted es el patrón.

Detuvo el motor y la lancha siguió avanzando a menor velocidad hasta que quedó meciéndose en las olas.

—Mire, ya han llegado.

Aquel hombre tenía un oído y unos ojos verdaderamente excepcionales, porque yo tampoco alcanzaba a ver nada.

—¿Qué hacen ahora? —pregunté.

—Se van hacia las casas que hay en la playa.

—Es necesario que se fije en cuál de ellas se meten.

El abuelo rió. Agachóse sobre el lugar en que se encontraba y exhibió un catalejo.

—Usted también puede verlo.

Cuando pude observar hacia la playa, vi entrar a Harry en una de las cabañas. Era él el último que lo había hecho porque en la orilla vi la lancha y dentro no había nadie. Le entregué el catalejo a Munsen y me quité la chaqueta.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el viejo.

—Es mejor que vaya nadando.

—Podemos llegarnos a Larchmont, donde hay una comisaría de policía.

—Perderíamos mucho tiempo, abuelo. La pandilla no estará mucho tiempo en la casa. Se marcharán enseguida.

—Muy bien. Entonces lo llevaré a la orilla con los remos.

—Preferiría que se quedase aquí para el caso de que el negocio marche mal.

—No se preocupe por mí. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

Se puso a remar hacia la orilla. Cuando estábamos a unas cinco

yardas de la orilla, salté fuera de la barca. El agua me llegaba a la altura del muslo.

—Vuélvase, Munsen.

—Está bien, Grey —se rascó la pelambarrera—. ¿Está seguro de que va a poder con todos?

—Lo intentaré por la cuenta que me trae.

Había elegido para acercarse un lugar situado a unas cien yardas de la casa donde la pandilla se había metido. Vi otras chozas y corrí por la arena hacia el frente. Me puse detrás de una casa y dejé correr un minuto, recuperando el resuello. Finalmente, me puse en camino.

Distinguí luz en una ventana y me acerqué, tomando todas las precauciones.

No quise asomar la cabeza por temor a que me descubriesen. Me dirigí a la parte principal y vi un porche donde había una mesa y dos sillones. La puerta estaba cerrada y oí voces procedentes del interior. Puse la mano en el tirador y lo hice, girar silenciosamente. Di un fuerte empujón y me colé dentro con la pistola en la mano. Harry Wells, Floyd y Yellow estaban alrededor de una mesa, observando el interior de una gran valija.

Yellow echó mano a una pistola que tenía en el cinturón.

—¡Quietos! —Advertí.

Permanecieron inmóviles. En el rostro de Harry se dibujó una mueca de ira.

—¡Maldito sea, Grey! ¿Qué ha venido a hacer aquí?

Floyd apretó los labios con fuerza.

—Ya te dije que debíamos haberlo matado. Tuvimos una gran ocasión.

—¡Cállate! —gritó Harry.

Se hizo un silencio.

—Cierra esa valija, Yellow —ordené.

Harry empezó a sonreír.

—¿No quiere ver lo que hay dentro, Grey?

—Ya sé lo que es. Medio millón de dólares.

—Apuesto a que no vio nunca quinientos mil dólares juntos.

—Vi un millón que es justamente el doble. Lo habían robado unos salteadores en un banco de Kansas City... ¡Cierra la valija, Yellow!

Yellow obedeció y luego dije:

—Cógela por el asa y arrójala hacia aquí, pero no lo hagas con demasiada fuerza. Ha de caer a mis pies.

Yellow alargó la mano para coger la valija por el asa, pero Harry lo detuvo.

—Espera, Yellow —dijo—. Él y yo tenemos que hablar.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No hay nada que tú y yo tengamos que tratar.

—No se ponga nervioso, Grey... Siempre he dicho que los hombres se entienden hablando... El histerismo es para las mujeres... Aquí hay medio millón de dólares. ¿Por qué hemos de pelear si todos podemos ser ricos?

—Nadie va a tocar ese dinero —dije.

—Lo quiere todo —repuso Floyd—. Yo comprendo a este tipo. Cogerá la valija con los quinientos mil y se evaporará... El muy cerdo no nos quiere dar ni un solo centavo.

Me puse a reír.

—No, amigos. No va a ser para mí. El medio millón volverá al sitio de donde salió.

—No puede estar hablando en serio, Grey.

—Claro que lo está —retrucó Yellow—. Es un condenado sabueso de esos que se mueren por la ley. Después de todo, cogerá un buen pellizco como recompensa. Apuesto a que le dan quince o veinte mil dólares.

—Ya hablasteis demasiado —advertí—. Vamos, Yellow. Tira la valija.

Levanté la pistola apuntándole a la barriga.

—Está bien —dijo—. Ahí la tienes.

La cogió por el asa, echóla hacia atrás y de pronto la arrojó con todas sus fuerzas hacia mí.

Me agaché muy rápidamente burlando el proyectil, pero ya Floyd había sacado la pistola y el muy condenado apretó el gatillo. La bala se me llevó una hombrera de la chaqueta. Yo también hice fuego y el fulano se cogió el estómago y se derrumbó en el suelo pegando gritos.

Harry y Yellow habían empezado también a sacar las armas, pero ahora volvieron a quedar quietos al ver en qué forma me había librado de Floyd.

Doblé la cabeza y vi la valija que había quedado contra la pared.

—¡Me estoy muriendo, muchachos...! ¡Os juro que me estoy muriendo!

Luego se desmayó.

La pistola que había utilizado contra mí había quedado debajo de la mesa.

—¿Dónde está la chica, Harry? —pregunté.

—En su casa.

—No lo creo.

—Nosotros somos unos tipos que saben cumplir con su palabra. Le dijimos al tío que le devolveríamos a la rubia y ya puede estar seguro de que ella está en su casa.

—Eres un embustero, Harry.

—Silver fue a llevarla... Nosotros somos así de caballeros.

—Silver no os dejaría nunca con el medio millón.

—Claro que no —dijo una voz a mis espaldas—. Usted es un tipo estupendo.

Fui a volverme. En eso Harry dijo:

—Anda, Silver, clávale una bala en la espina dorsal. Cien dólares si lo haces.

CAPÍTULO XII

Esperé oír la detonación que iba a acabar con mi vida.

De pronto llegó una voz desde la parte delantera de la casa.

—¿Ocurre algo, amigos?

Harry sacó la pistola y me apuntó al estómago.

Yellow se me acercó rápidamente y me quitó el arma de la mano. Luego me empujó contra la pared. Miré a Silver que se había vuelto hacia fuera escondiendo la pistola tras de sí.

Yellow me habló casi al oído, apretándome el cañón contra el hígado.

—Si dices una palabra te frío.

Silver habló con el hombre que había fuera.

—No ocurre nada, amigo.

—Creí haber oído un disparo —repuso el desconocido.

—No fue un disparo, sino el escape de mi coche. Acabo de llegar.

—Bueno, celebro que sea así. Soy su vecino, ¿sabe? Walter Harrison. Vengo algunos días a pescar. Me dijeron que la cabaña de Chester estaba en venta, pero no sabía que ya la habían comprado.

—Mi nombre es John White, señor Harrison —dijo Silver.

—Cuando quiera pescar yo sabré llevarlo a un buen sitio.

—Muchas gracias, pero sólo vine hoy a descansar.

—Me encontrará en la cabaña pintada de verde. En la puerta verá el nombre de Tuckahoe.

—Muy agradecido, señor Harrison.

Oí unos pasos en la arena y luego el señor Harrison se marchó por dónde había venido.

Silver cerró la puerta y se quedó mirándome.

—No creas que te libraste de la bala. Ahora la vas a tener —se dispuso a disparar, pero Yellow levantó la mano.

—No hagas eso, Silver. ¿No oíste a ese tipo? Oyó el estampido.

Si lo vuelve a oír no querrá creer lo del escape del coche.

Harry se apartó de la pared.

—Yellow tiene razón. No podemos hacerlo aquí, Silver.

El rubio hizo una mueca.

—Está bien. Pero quiero hacerlo yo.

Me pasé una mano por la mejilla. La barba me había crecido mucho desde la última afeitada.

—Os habéis metido en un mal negocio —dije.

—¿Tú crees? —rió Harry—. Sólo va a resultar malo para ti.

—Secuestro, asesinato...

Se quedaron mirándome.

—¿Asesinato? —repitió Harry—. ¿Qué asesinato?

—Os cargasteis a Jimmy Scott, el hermano de Sue.

Harry dejó de reír mientras sus ojos se entrecerraban.

—¿Qué historia es ésa, sabueso?

—A estas horas, Jimmy Scott debe estar muerto. Uno de vosotros le pegó en el pecho un tiro. Pero ahí no quedó la cosa. El que hizo el trabajo no tuvo bastante y se cargó también a Lola.

Yellow apretaba mucho la pistola, enfilándose con el cañón.

Harry volvió la cara hacia Silver.

—Fuiste tú, ¿eh, chico?

—No, no fui yo —respondió el rubio.

—Te advertí que no le dieras gusto al gatillo, Silver.

—¡Te repito que no fui yo! —gritó Silver.

Harry miró ahora a Yellow.

—Si no fue Silver fuiste tú, Yellow.

—¿Cómo iba a ser yo, Harry? No me he apartado de ti desde que llegaste.

—Sí, eso es cierto —Harry Wells volvió a mirar a Silver.

Calculé mis posibilidades. Ahora los tres tenían una pistola en la mano. Podría burlar una bala, pero siempre quedarían otras dos.

—¿Por qué me miras así? —gritó Silver a Harry—. ¡No tengo nada que ver con Jimmy Scott, ni con lo de Lola!

—Has debido estar loco para hacer una cosa así... Quedamos en que lograríamos el dinero sin derramar sangre... Sólo dispararíamos si fuese necesario... Y tú lo has echado a perder, Silver.

El rubio se mojó el labio inferior con la lengua y repuso, los nervios rotos:

—¡Maldita sea! ¿Por qué no vas a creerme...? Jimmy Scott y yo simpatizamos mucho... Hemos ido juntos a muchos sitios. No podía disparar contra él.

—Quizá lo hiciste porque los dos queráis a la misma mujer. ¿Crees que no me fijé, Silver? Anda, atrévete a negarlo.

Silver bajó la mirada al suelo.

—Yo no mato a un compañero por una mujer... Confieso que se me ha metido en la sangre, pero no hubiese quitado de en medio a Jimmy por ella... ¡Os digo que no lo hubiese hecho!

—Además de la mujer te llevabas medio millón.

—No te comprendo, Harry —dijo Silver haciendo una mueca de perplejidad.

Harry Wells metió la mano en el bolsillo y la sacó cubriendo con ella la pistola. Se oyó un sonido metálico y Silver empezó a parpadear.

—Tienes que creerme, Harry —murmuró con voz temblorosa.

Harry apartó la mano y todos pudimos ver que ahora la pistola tenía un silenciador. Apretó el gatillo y se produjo una pequeña explosión.

Silver recibió el impacto en el pecho y salió despedido con terrible violencia. Golpeó las espaldas contra la pared y se quedó inmóvil, haciendo una mueca, los ojos muy fijos en su asesino. Empezó a levantar la pistola porque el cañón había quedado apuntando al suelo, pero Harry apretó otra vez el gatillo. En el pecho del rubio apareció un nuevo agujero. Ya no pudo con tanto plomo y se vino abajo, cayendo hacia delante.

Yo había adelantado las manos y ya las tenía cogidas al borde de la mesa. Levanté ésta, arrojándola sobre Harry y Yellow.

Harry recibió un golpe en el estómago y se desplomó lanzando una maldición. Yellow se apartó y fue a disparar contra mí, pero caí como una centella sobre él y le aticé un terrible trallazo en la mandíbula. Tuve la impresión de que la cabeza se le iba a desgajar del cuerpo.

Harry Wells quedó aturdido en el suelo por unos instantes y cuando fue a volver la pistola, le pegué un patadón en la mano y el arma salió despedida por el aire. Luego le coloqué un puñetazo de arriba abajo. Mis nudillos chocaron contra su nariz y sentí cómo sus cartílagos se rompían. Quedó tendido boca arriba, privado del

conocimiento.

Cogí mi pistola y caminé hacia la puerta que estaba en el fondo, la cual abrí de un tirón.

Entonces la vi por primera vez a ella. A Lucy Anders. Estaba de bruces sobre una cama, completamente inmóvil.

Di dos pasos hacia el borde del lecho y me detuve alargando una mano. La toqué en la espalda.

Lucy empezó a moverse al tiempo que soltaba un gemido.

Giró sobre sí misma y empezó a abrir los ojos.

Ella había visto fotografiada, pero nunca había tenido la oportunidad de observarla como ahora, en carne y hueso. Juré que yo nunca había visto una joven de veinte años más hermosa que ella.

Su cara era redonda, sus ojos verdes, muy grandes, y su espléndido cabello rubio le caía sobre los hombros. Cubríase con un vestido de hilo que la ceñía como una vaina.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Quién es usted?

—Stewart Grey, detective privado.

Parpadeó haciendo una mueca de asombro.

—Santo cielo, ¿quiere decir que usted me ha librado de esa gentuza?

Ella miró un rato sin contestar y ella se puso de pie y me rodeó el cuello con sus brazos desnudos.

—Es usted un héroe —dijo y me besó en la boca—. Y recibirá la recompensa... Yo me encargaré de ello, señor Grey.

—¿Recompensa por qué?

—Yo he sido secuestrada y usted me ha salvado, recuperando el dinero. Es justo que reciba un premio.

Sentí la tibieza que emanaba de su cuerpo. Respiré hondo y la miré muy fijo a los ojos, mientras decía:

—No hubo tal secuestro, señorita Anders.

—¿Cómo dice?

—Usted nunca fue secuestrada.

Retrocedió un paso, mirándome con más atención.

—¿Le han dado algún golpe en la cabeza, señor Grey?

—Me encuentro perfectamente —hice una pausa—. Usted lo organizó todo, señorita Anders.

—¿Sabe que usted resulta la mar de divertido?

—Para cualquier otra persona resultaría incomprensible, pero no para mí, señorita Anders. He conocido a muchas personas poseedoras de grandes fortunas, que hacen la mar de rarezas. Son seres anormales. ¿No lee los periódicos? Hay quién mata porque está aburrido. Usted quería medio millón porque no estaba dispuesta a esperar tres años para cazar su fortuna, o porque se sentía ávida de emociones. Un psiquiatra lo explicaría mucho mejor que yo.

Retrocedí unos pasos para salir de la habitación. Harry y Yellow podían volver en sí y ya me habían hecho sudar bastante.

Lucy Anders salió también fuera, y se apoyó en la pared, poniendo un brazo en jarras.

Observé en sus hermosos ojos un brillo maligno.

—Conque es detective... —murmuró—. No debe ganar mucho dinero... Y aquí tenemos una fortuna.

—Usted mató a Lola y disparó contra Jimmy Scott. Quizá me siguió hasta la casa cuando Bryson me acompañó. Se dio cuenta de que Lola o el muchacho terminarían por hablar, con lo cual se demostraría que usted no estaba allí contra su voluntad.

—Usted es muy sabio.

—Primero jugó con Harry Wells y probablemente fue a él a quién le contó en primer lugar el plan del secuestro. Harry metió en el asunto a Jimmy Scott y a usted le gustó el muchacho.

—Continúe, me está poniendo la carne de gallina.

—Hay poco que contar ya. Usted conocía a Jackman y se dirigió a él para que le prestase unos cuantos pistoleros. Naturalmente, Jackman cobraría una parte del rescate. De esa forma se explica la presencia a su lado de tipos como Yellow, Silver y Floyd, o como los dos fulanos que fueron a buscarme a mi despacho...

—Deje ya de calentarse la cabeza, estúpido —dijo de pronto.

—Sí, ya terminé. Ha llegado la hora de marcharse.

Alargó la mano.

—Deme esa pistola, Grey.

—No soy como los otros.

—¡Maldito sea! Me la dará. ¿Es que no se da cuenta de lo que quiero hacer?

—¿Qué es lo que quiere hacer?

—Mataré a Harry y a Yellow —sus labios empezaron a sonreír

—. El escenario quedará listo para el último acto de la comedia. Será un héroe de verdad. Usted ha acabado con toda la banda de secuestradores. Me tomará en brazos y yo me haré la desmayada. Es la foto que aparecerá en los diarios... Bonito, ¿verdad?

La miré en silencio y luego moví la cabeza.

—No, pequeña.

Hizo rechinar los dientes.

—¡Maldita sea! ¡Yo sé lo ordeno!

—Ya ha dejado de dar órdenes.

Se abalanzó hacia mí con los puños en alto para descargarlos sobre mi cara.

De pronto sonó un estampido y se detuvo en el camino, estremeciéndose.

Salté a un lado y disparé contra Yellow, que era quien había hecho fuego. El proyectil le entró por las fosas nasales, matándole en el acto.

Al volver la cabeza vi el agujero que Lucy Anders tenía en el centro de la espalda. Había alargado un brazo en busca de la pared y respiraba entre jadeos.

Una sirena aulló en el aire.

—Grey —me llamó Lucy.

Fui al lado de ella.

—¿Voy a morir, Grey? —me preguntó.

—Es posible que vaya a morir —repuse.

—¡Yo no puedo morir...! ¡No puedo...! ¡No quiero morir! —De pronto se interrumpió y empezó a desplomarse, pero yo la sostuve con mis brazos.

La puerta se abrió de golpe y escuché a mis espaldas la voz de Coleman:

—Infiernos. ¿Qué ha pasado aquí?

EPÍLOGO

Bill Coleman estaba sentado en el sillón de cuero.

—Ese Munsen hizo bien en avisarnos desde la comisaría de Larchmont... A propósito, ¿viste a Anders?

—No.

—Quiere darle quince mil dólares por haber recuperado el dinero. Lo siento por el chico. Tenías que haberlo visto cómo yo. La muerte de su hermana lo ha destrozado completamente. ¿Y Jackman? Ha llamado a tres abogados para que le saquen del apuro.

Sonó el teléfono. Alcancé el auricular.

—¿Sí?

—Hola, Stewart —era la voz de Sue—. Lo sé todo.

—¿Cómo está tu hermano?

—Los doctores dicen que lo salvarán... Es horrible, Stewart.

—Lo siento, nena, pero puedes consolarte un poco. Jimmy no mató a nadie y fue influenciado por Lucy Anders para que se metiera en el asunto.

—¿Qué pena le impondrán?

—No lo sé, pero tendrán en cuenta su edad y que no tiene ningún antecedente criminal.

—Stewart.

—Di.

—¿Vendrás a verme? Te necesito más que nunca...

—Sí, nena. Iré luego...

—Te lo voy a decir por teléfono, porque luego quizá no me atrevería... Te quiero, Stewart.

Colgó rápidamente, antes de que me diese tiempo a contestar.

Bill Coleman se puso en pie.

—Bueno, tengo que irme —echó a andar hacia la puerta y de pronto se detuvo—. Ah, se me olvidaba. El capitán O'Connor me

pidió que te felicitase.

—Dale las gracias de mi parte.

Salió fuera, cerrando a sus espaldas.

Quedé solo en mi despacho y abrí el cajón para sacar la botella de *whisky*.

El teléfono se puso otra vez a sonar.

Me acerqué al micro y oí una voz nerviosa.

—Oiga. ¿Stewart Grey?

—Sí.

—¿Puedo hablar con usted? Quiero que se encargue de un trabajo.

—Lo siento, amigo, pero no lo puedo hacer.

—Estoy dispuesto a pagarle una buena prima. Mi nombre es Ferguson, ya sabe, el de las fundiciones de acero.

—Tendrá que esperar, señor Ferguson. A menos que desee encargar su asunto a otro detective. Me caso mañana y no me ocuparé de nada en los próximos tres días. Hasta la vista, señor Ferguson.

Dejé el auricular en la horquilla, desenrosqué el tapón de la botella y bebí un trago a la salud del matrimonio Grey.

FIN